

ARTÍCULOS SALMANTINOS DISPERSOS DE UNAMUNO

Unamuno's scattered articles in Salamanca

Manuel M.^a URRUTIA LEÓN

Universidad de Deusto, Bilbao

RESUMEN: Este trabajo pretende completar la recuperación de los textos aún desconocidos de Unamuno dispersos por las diversas publicaciones salmantinas.

Palabras clave: periodismo, Salamanca, vida cotidiana.

ABSTRACT: This work pretends to complete the recovery of the Unamuno's texts unknowns yet and scattered in the several publications of Salamanca.

Key words: journalism, Salamanca, daily life.

¡Si pudiese recoger en artículos y libros lo que en cartas he derrochado, y en discursos lo que en conversaciones...! Pero... ¿quién sabe lo que es perdido?, ¿quién sabe lo que es ganado? No sólo es nuestro lo que lleva nuestro cuño y nuestra efigie y leyenda. Es decir, nada es de uno, y menos que nada las ideas; todo es de todos. Hay que ir sembrándose y, ¿quién sabe?, acaso se recogerá uno un día. Y si no lo recogerán otros y tal vez sea esto mejor. Lo importante es poner alma en todo cuanto se hace por pequeño que sea.

(Miguel de UNAMUNO, 16-XII-1911)

1. INTRODUCCIÓN

Valgan las siguientes palabras del *Noticiero Salmantino*, en extremo laudatorias, que presentaban en 1900 al que acababa de ser nombrado Rector de la universidad, como antesala de los textos que presentamos.

EL RECTOR ENTRANTE

Don Miguel de Unamuno y Jugo

En la *Gaceta* de ayer se inserta el real Decreto nombrando Rector de la Universidad de Salamanca a don Miguel de Unamuno y Jugo, dando el señor García Alix, con este nombramiento, gallarda prueba de que atiende preferentemente al mérito, premiando al pensador y al sabio, no obstante la oposición en que se halla el nombramiento en cuanto se refiere a la idea política con el Gobierno actual.

El señor Unamuno vino a Salamanca en el año 1891 a tomar posesión de su cátedra de Literatura griega, y ya por esta época era conocido y estimado por Menéndez Pelayo, Sánchez Moguel y algunos otros filósofos y literatos de altura, los cuales vislumbraron en Unamuno capacidad intelectual de primera fuerza y cosas *originalísimas*, que sólo producen aquellos mortales que, por don del cielo, vuelan sobre la muchedumbre.

En efecto; la inteligencia de Unamuno empezó a producir, y en menos de tres años, sus artículos, sus folletos, sus novelas y sus producciones poéticas, diéronle envidiado nombre y le colocaron entre los escritores de primera fila, recibiendo particular y públicamente los y ditirambos del autor de *Los Heterodoxos* y no menos encomios del descontentadizo *padre* de *La Regenta*. No de otro modo se explica que fuese solicitada la firma de Unamuno —cuando aún no contaba 28 años— por los periódicos más importantes de España y América, y por las revistas más reputadas del extranjero, concordando siempre los juicios que se emitieron de sus producciones en los calificativos de pensador y eximio.

Alguien ha dicho recientemente de Unamuno, que se ha *asomado a todas las ciencias*; a lo que hay que añadir que en algunas es *buzo*...

Y no decimos más.

Con estos precedentes renace la esperanza, en todos los que amamos a nuestra Escuela, de que Unamuno *despertará* las pasadas glorias de ésta, infiltrándola abundante savia nueva, que la dará brillante vida, a lo que seguramente cooperará el claustro todo de nuestro antiguo Estudio¹.

Unamuno, cuya firma sería solicitada «por los periódicos más importantes de España y América, y por las revistas más reputadas del extranjero», también colaboraría, desde el primer momento de su llegada a Salamanca, en 1891, y de formas muy diversas, en las publicaciones salmantinas. En investigaciones anteriores ya me ocupé de sus primeros artículos de «combate civil» frente a la derecha tradicionalista salmantina². Y en una reciente nota de investigación he

1. *Noticiero Salmantino*, 28 de octubre de 1900, p. 1. Años más tarde, el 10 de febrero de 1912, el periódico *La Ciudad* incluía en primera página la caricatura del «arcángel» que reproducimos.

2. Véase URRUTIA LEÓN, Manuel M.^a «Un nuevo seudónimo de Unamuno: HETEROS. Colaboración íntegra en los periódicos *La Libertad* y *La Democracia* de Salamanca: 1891-1892», *Letras de Deusto*, n.º 88, julio-setiembre 2000, pp. 219-262; «Una... mano firme contra el antisemitismo: Unamuno en 1893».

recopilado su participación en el periódico más importante de la capital salmantina, *El Adelanto*³. En esta ocasión recojo el resto de artículos de Unamuno dispersos por las diversas publicaciones salmantinas (26 de la capital, junto con 3 de una importante población de la provincia, Béjar) y que aún permanecían desconocidos⁴.

Frente a otro tipo de colaboraciones, varias de las intervenciones en la prensa de la provincia aquí recogidas tienen una lógica peculiaridad, compartida por algunos de sus primeros artículos en la prensa bilbaína, y es la de ocuparse de asuntos cotidianos, relacionados con las vicisitudes de una ciudad en expansión (como sus proyectos polémicos), con episodios de la lucha obrera, con temas universitarios y culturales, o incluso, por último, de la despedida de amigos que se van muriendo (los poetas Galán o Maragall, el antiguo rector Mamés Esperabé...) Pero ello no quiere decir que sean escritos sin importancia, pues Unamuno se entregaba por entero en todo lo que hacía. Buena muestra de ello son las siguientes palabras, preciosas, escritas por el propio Unamuno en uno de los artículos aquí recogidos, y que compendian mejor que cualesquiera otras el espíritu que preside la redacción de estos escritos: «Lo importante es poner alma en todo cuanto se hace por pequeño que sea».

No quisiera cerrar esta brevísima introducción sin llamar la atención sobre uno de los textos en particular, un hermoso llamamiento a la juventud estudiantil, «ante el nuevo curso», el de 1923-24, a ¡cultivar la inteligencia! Y que es una valiente oposición frontal a las ideas, o mejor «instintos», inspiradores del Manifiesto de Primo de Rivera del 13 de setiembre de 1923 justificando la Dictadura⁵.

Ahora que va a empezar el nuevo curso de 1923 a 1924, es nuestro deber exhortar a la mocedad estudiantil, intelectual, a que cultive la inteligencia. La inteligencia; que es la salud, y la fortaleza, y el valor, y la voluntad.

Porque la voluntad, que es racional, es inteligencia. Y es humana. Humana y no varonil. No sólo el varón tiene voluntad, ni sólo tiene inteligencia. Ni la voluntad ni la inteligencia son cosas masculinas. Están por encima de las groserías del sexo.

Unamuno y Europa. Nuevos ensayos y viejos textos (Pedro Ribas, ed.), *Cuaderno Gris*, n.º 6, 2002, pp. 129-167, en donde se completaban las aportaciones anteriores de Bustos Tovar, Ribas, Rabaté, etc.

3. URRUTIA LEÓN, Manuel M.^a «Unamuno en «*El Adelanto*» de Salamanca (Textos desconocidos)», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, vol. 38, 2003 (en prensa).

4. Son algunos más los escritos que he encontrado dispersos aquí y allá, concretamente unos 50 textos —al margen de poesías, mítines, conferencias, etc., de los que no me ocupo—, en cerca de 40 publicaciones de todo tipo revisadas, algunas de ellas muy incompletas o sólo con algunos números sueltos, tal y como se conservan en la Biblioteca Central de la Universidad de Salamanca.

5. Texto que se sitúa en los inicios de una verdadera crítica sistemática de las ideas, y en no menor medida del estilo, del Manifiesto del dictador. Véase para su contextualización: URRUTIA, Manuel M.^a *Evolución del pensamiento político de Unamuno*, Bilbao: Universidad de Deusto, 1997, pp. 222 y ss.

No caigáis, estudiantes españoles, en la dementalidad del carnero, el macho de la oveja, indigentísimo en seso y opulentísimo en sexo. Sea vuestro ideal el discreto y casto don Quijote y no el botarate de don Juan Tenorio, peliculero y héroe de casino.

Es la inteligencia lo que ha de salvar a la patria. [...].

Y en estos días, en que se oye con harta frecuencia el caluroso elogio de la dementalidad, de la frivolidad bravucona, de la botatería, cultivad la inteligencia.

GENTE CONOCIDA



**Desplegando las alas con que vuela,
 con la espada flamígera se irguió
 sobre las ruinas de la antigua Escuela;
 y este arcángel que nunca tuvo abuela:
 aquí, dijo, no hay nadie más que yo.**

2. ARTÍCULOS DESCONOCIDOS DE SALAMANCA Y BÉJAR

En el listado adjunto presento, en orden cronológico e indicando el lugar concreto de su publicación, los 29 textos que aún permanecen desconocidos, y que reproduzco a continuación.

1. 28 noviembre 1898. Sr. D. Enrique H. Gutiérrez. Carta a guisa de prólogo a «*El Obispo D. Jerónimo*» (*Noticiero Salmantino*)
2. 29 noviembre 1898. Sr. D. Enrique H. Gutiérrez. Carta a guisa de prólogo a «*El Obispo D. Jerónimo*» (final) (*Noticiero Salmantino*)
3. 9 setiembre 1900. *¿Hasta cuándo?* (*El Combate*. Semanario Político Republicano. Salamanca)
4. 15 diciembre 1900. *Tradición y progreso* (*Boletín de Primera Enseñanza de este distrito universitario*. Salamanca)
5. 2 abril 1901. (Sin título. «Palabras dedicadas a la Semana Santa de 1901») (*Albores*. Revista Literaria Decenal. Salamanca)
6. 6 setiembre 1903. *Tarjeta postal* (*La Dinamita*. Salamanca)
7. 24 enero 1904. *A propósito de la huelga de Béjar* (*El Diario*. Salamanca)
8. 13 marzo 1904. «*Campesinas*» de José M.^a Gabriel y Galán (*El Diario*. Salamanca)
9. 11 mayo 1904. *La base de la tolerancia* (*El Castellano*. Salamanca)
10. 24 diciembre 1904. *La Universidad Hispano-Americana* (*Gente Joven*. Semanario Literario Ilustrado. Salamanca)
11. 9 enero 1905. *Muerte que da vida* (*El Castellano*. Salamanca)
12. 27 febrero 1905 (Sin título. Palabras dedicadas a la «Estudiantina Valenciana») (*Gente Joven*. Semanario Literario Ilustrado. Salamanca)
13. 26 marzo 1905. *Poesía y lógica* (*El Castellano*. Salamanca)
14. 1 abril 1905. *Recuerdos y enseñanzas* (*Gente Joven*. Semanario Literario Ilustrado. Salamanca)
15. 13 mayo 1905. *Loor a Cervantes* (*Gente Joven*. Semanario Literario Ilustrado. Salamanca)
16. 26 febrero 1906. Dos palabras (*El Microbio*. Periódico Semanal. Salamanca)
17. 17 setiembre 1906. *Sobre el batallón infantil*. Sr. Director de EL CASTELLANO (*El Castellano*. Salamanca)
18. 3 noviembre 1907. *D. Mamés Esperabé* (*Homenaje*. Salamanca)
19. 17 diciembre 1909. *O todo o nada* (*El Castellano*. Salamanca)
20. 31 diciembre 1909. *Segundo golpe* (*El Castellano*. Salamanca)
21. 23 diciembre 1911. *Juan Maragall* (*La Ciudad*. Salamanca)
22. 1 enero 1912. (Sin título. «Cuartillas para el primer aniversario de la fundación del Ateneo de Béjar») (*Cultura y Tolerancia*. Revista Eventual. Portavoz del Ateneo Bejarano)
23. 20 abril 1912. (Sin título. «Breves palabras a la muerte del filósofo bejarano Nicomedes Martín Mateos») (*Cultura y Tolerancia*. Revista Eventual. Portavoz del Ateneo Bejarano)

24. 7 setiembre 1912. *Para «La Humanitaria» de Fuente de San Esteban (La Ciudad. Salamanca)*
25. 1 marzo 1913. *Ciencia y abogacía (El Noticiero. Béjar)*
26. 1 mayo 1916. *Las ranas pidiendo diputados (El Obrero. Salamanca)*
27. 28 enero 1922. (Sin título. Unas cuartillas del señor Unamuno) (*La Tribuna Escolar. Semanario Estudiantil. Salamanca*)
28. 30 setiembre 1923. *Ante el nuevo curso (La Tribuna. Revista Estudiantil. Salamanca)*
29. 10 febrero 1924. Un editorial notable. Señores de LA SEMANA (*La Semana. Revista de Salamanca*)

[1 y 2]

Sr. D. ENRIQUE H. GUTIÉRREZ.

Carta a guisa de prólogo a «*El Obispo D. Jerónimo*»⁶

¡Qué figura, amigo mío, la del obispo don Jerónimo, que esfumado en la historia, se nos presenta en sobrio y vigoroso alto relieve en aquel nuestro viejo cantar de gesta, en el *romanz de myo Cid*, con que balbuce la recién nacida lengua castellana!

Suele haber de la historia a la leyenda, la diferencia misma que de un plano topográfico a un paisaje. Tómase aquél con la mayor exactitud mediante cuidadosas triangulaciones, con arreglo a los principios todos de la agrimensura o de la geodesia (según su extensión sea), y finge estar trazado en proyección vertical, a vista de pájaro, desde un punto a donde los hombres no subimos. El paisaje, por el contrario, brota más directamente de la realidad misma, por ministerio de la fantasía del artista que lo contempla, es la campiña, no sólo vista, sino sentida por el hombre, y nos da, si está ejecutado con alma, intensa sensación de vida, aunque no tomen sus detalles exactitud matemática. Este símil mejor que otra observación cualquiera nos hace ver cuánto más verdadera puede ser la leyenda que la historia.

Este mismo obispo don Jerónimo, de cuya aparición en la historia nos traza usted con acierto los rasgos generales, si es algo vivo débelo al rudo *romanz de myo Cid*.

*De parte de orient vino un coronado,
el obispo don Ierónimo so nombre es lammado
bien entendido es de letras é mucho acordado,
de pie e de cavallo mucho era areziado.*

*Las provezas de myo Cid andavalas demandando
sospirando el obispo ques viesse con moros en el campo:
que sis fartas lidiando e firiendo con sus manos,
a los dias del sieglo no le lorassen christianos.*

6. Se trata de un libro biográfico publicado por el propio periódico, en forma de folletín, cuyo título completo es el siguiente: *El Obispo D. Jerónimo*. Intento biográfico del mismo y su papel en la historia salmantina, por Enrique Gutiérrez Hernández, con una carta a guisa de prólogo de Miguel de Unamuno.

¡Qué cuadro! ¡Qué cuadro el de este obispo que llega del oriente preguntando por las proezas del Cid, suspirando por verse en el campo con moros y en esperanza de que no le habrían de llorar los fieles en lo que de siglo quedara si se hartase lidiando e hiriendo con sus manos, manos de obispo, que hoy creemos hechas para bendecir! Y el buen Ruy Díaz, *el que en buen hora ciñó espada*, quiso dar un buen obispado en tierras de Valencia *á este buen christiano*. Otórgale por obispo.

*Diéronle en Valencia ó bien puede estar rrico
Dios, que alegre, era todo christianismo,
que en tierras de Valencia señor avie obispo!*

Iba con el Campeador y sus huestes este obispo andariego y belicoso, cantábales misa de alba, *á los mediados gallos*, y luego de acabada daba su absolución al que *muriere lidiando de cara*.

Prendol yo los pecados, e Dios le abra el alma.

Y como don de haberle celebrado el sacrificio incruento pide al Cid le otorgue las primeras acometidas en el combate, en aquellos combates en que a *myo Cid* destilaba la sangre por el *cobdo ayuso*. Y allí el bueno del obispo, *caboso coronado*, hártase de lidiar con ambas las manos sin tener en cuenta los moros que ha matado. Y ¿a qué había venido de oriente el coronado aquél? Porqué salió de su tierra y fue a buscar al Cid sino

por sabor que avía de algun moro matar?

Este rasgo vale por interminables consideraciones históricas, por cientos de triangulaciones topográficas. ¡Vino por gusto de matar algún moro!

Mi orden e mis manos querría las ondrar.

¡Quería honrar su orden, su elevado sacerdocio, y sus manos, sus manos de obispo, matando moros! ¡Cristiana idea del honor! Llevaba pendón y armas de señales y las quería ensayar ¡pobrecito! para que pudiese holgar su corazón.

Y allá se fue el bravo obispo, con su pendón y sus armas de señales, mientras quedaba el Cid viendo *comme lidia el abbat*.

¡Ruda pelea! Picó espuelas, *priso a espolonada*, el obispo, y fue a atacarlos. Por su ventura, y por el Dios que le amaba, dice nuestro viejo cantar de gesta, mató a los primeros golpes dos moros, quebrósele el astil de la lanza y echó mano a la espada.

¡Ensayavas el obispo, Dios, que bien lidiava!

¡Vaya unos ensayos los de aquel santo varón!

Cércanle los moros, le acometen, y entonces acude el Campeador en su ayuda. ¡Y allí veríais quebrar tantas cuerdas y arrancarse las estacas, y acostarse los tendales, caer aparte tanto brazo con loriga, tanta cabeza con yelmos por el campo, salir a todas partes tantos caballos sin dueños! ¡Qué cuadro! ¡Qué cuadro el de nuestra ruda epopeya, el de aquel cantar en que balbuce apenas nacido el castellano!

En tales empresas andaba aquel prelado de pendón y armas de señales que vino de oriente por gusto de matar algún moro.

Hoy nos parece todo esto monstruoso y las hazañas del buen prelado medioeval del todo reñidas con su sagrado ministerio. Excusámoslas en atención a la rudeza y barbarie de aquellos tiempos, estimándonos con más depurados sentimientos cristianos. Pero la consideración de lo que desde entonces hemos avanzado, no nos debe hacer olvidar lo que aún nos quede por mejorar. ¡Tiempos vendrán, lo confío en Dios, en que no se excusará con la rudeza y barbarie de los nuestros el que los obispos de hoy exciten a los fieles a la lucha, bendigan armas de combate y prediquen la guerra! ¡Tiempos vendrán en que no se comprenda que hayan podido decir cristianos que a la paz debe sacrificarse todo menos la honra. ¡Y entonces se verá que nuestra honra no está muy lejos de aquélla que consistía en ensangrentarse las manos hechas para bendecir!

Son, entretanto, excelentes servicios los que prestan cuantos como usted nos ponen a la vista, con seguro dibujo y claro colorido, aquellos tiempos que llamamos de barbarie.

Por haberlo hecho, le felicita su apreciable amigo

Miguel de UNAMUNO

Noticiero Salmantino (Salamanca), 28 y 29 noviembre 1898

[3]

¿Hasta cuándo?

Estamos al parecer en el mejor de los mundos; aquí nadie se preocupa de la suerte o desgracia que nos espera; todo se vuelve júbilo y alegría para demostrar a las demás naciones que, aun perdido el poco prestigio que nos quedaba, no pensamos en ello; pues nuestra deuda, tanto interior como exterior, se halla completamente nivelada y las arcas del Tesoro con plétora de dinero.

La Corte en el Cantábrico, procurando reponer las fuerzas para gobernar con el mayor acierto; los ministros de veraneo y estudiando la manera de sostenerse en el poder, proyectando reformas sin límite que no hacen más que entorpecer la marcha del progreso y alguno de éstos, en vez de visitar las tropas como es su deber, procurando oír las quejas que se le expusieran para inmediatamente subsanarlas, se dedica a visitar las iglesias y conventos, único medio que encuentra para hacer del Ejército una institución seria y respetable.

El pueblo, inerte como una inmensa mole de granito, sin protestar de que esos políticos de oficio vivan a expensas de los que trabajan y producen, sigue aletargado, sin fijarse en que todas esas fiestas y tanto derroche de lujo y esplendor tiene forzosamente que pagarlo, bien por recargos directos o por indirectos, y con su asentimiento, parece también imitar a los que viven en la opulencia y no necesitan trabajar para comer.

Este es ligeramente bosquejado, el actual estado en que nos encontramos; si seguimos en la inacción y esperando que los de arriba puedan devolver nuestro bienestar, no lo conseguiremos nunca; urge, pues, más actividad en los de abajo y poner coto a esta serie de desastres a que nos han conducido; para poder demostrar, no en hipótesis sino [...] ejemplo,

7. En el original en papel del periódico que se conserva en la *Biblioteca Central de la Universidad de Salamanca*, signatura: Per. 74 (1), falta una línea al final de la página 1, debido seguramente a la impresión y corte originales.

sobra el dinero malamente, estando abarrotados sus Bancos de numerario en espera de inversión y empleo, se preste en otros a fabuloso interés. Es la eterna historia del pobre cisquero que va en invierno, arrecido de frío, ofreciendo su cisco —lo he visto muchas veces— y ni encuentra quien se lo compre ni puede calentarse con él.

Sólo la clase obrera, no cesando en sus continuas y cada vez mayores exigencias, puede ser el más poderoso acicate de nuestro despertar a la vida económica moderna, base de todo ulterior progreso en cualquier orden social.

Miguel de UNAMUNO

El Combate. Semanario Republicano, (Salamanca), 9 de septiembre de 1900

[4]

Tradición y progreso

El notable artículo publicado en el número extraordinario de «El Eco de Cartagena»⁸, debido a nuestro queridísimo y respetable Rector de este Distrito universitario dice así:

«Dejad que los muertos entierren a sus muertos», dijo en cierta ocasión el mismo que decía: «Dejad que los niños se acerquen a mí», sentencias ambas mucho más estrechamente enlazadas de lo que a primera vista pudiera creerse.

Empezó la cultura religiosa de los pueblos, según parecer de sagaces investigadores, por el culto a los muertos antepasados. Era el culto a la anterioridad, en que persisten los chinos, el pueblo del eterno ayer. La civilización o incivilización de los chinos básase, en efecto, en el culto a los manes paternos; la piedad filial es su virtud eje. Y así ocurre en China que quitan las tumbas sitio a las cunas, sacrificasen los hijos por los padres, y no éstos por aquéllos, y es el infanticidio fechoría frecuente. Y con todo ello el mandarinismo, otra forma de culto al pasado.

En éste pusieron los pueblos primitivos el tesoro de sus más caros ensueños; en el albor de la Humanidad el paraíso terrenal. Y así atraviesan los siglos bajo el peso de la historia. «¡Felices los pueblos que no la tienen!», exclaman algunos, no sin su buena parte de razón. Porque ello es que, cuanto más ligeros de pasado, más sueltos caminamos al porvenir.

Hoy empieza a variar la perspectiva, comprendiendo los que en el vehículo del tiempo marchamos a través de la historia que no es la campiña la que hacia atrás desfila, sino nosotros los que por medio de ella vamos hacia adelante. Deshecho el espejismo, ponemos en el porvenir el paraíso terrenal y a su conquista enderezamos nuestro arresto. Hora es ya de que el culto a la posteridad sustituya al culto a la ascendencia, que sea la piedad paternal nuestra virtud eje, y que las cunas no dejen a las tumbas sitio.

Mejor aún sería que hiciésemos cuna del nieto de la sepultura del abuelo. Las hojas que el otoño arranca al árbol y que al pie de su trono arremolina el viento, fermentan allí y

8. El artículo había sido publicado en *El Eco de Cartagena*, el 8 de diciembre de 1900. Una fotocopia de este original cartagenero se conserva en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca (CMU; 1-311), de donde reproducimos el artículo.

convertidas en mantillo prestan fomento y abrigo al árbol, y le dan savia para que arroje el verde follaje de primavera.

¡Progreso! Pero el progreso ¿de qué lo es? Porque para que haya adelanto, *progressus*, algo ha de *progredi*, adelantar. Adelanta lo que de atrás venía; progresa la tradición. Y a la vez va asentándose lo que progresa, si es el progreso lo que debe ser, crecimiento y no mera marcha, crecer de árbol y no trayectoria de cometa que no deja estela ni rastro en los espacios, crecer de árbol que ahonda en los abismos sus raíces y abre su follaje al sol. Y así lo progresado se transmite, *traditur*, haciéndose tradición; trasmítese el progreso, se *tradiciona*. Es, pues, el progreso, progreso de tradición, y es la tradición, tradición de progreso, cuando una y otro son vivos de veras. Ved cómo se enlazan tumba y cuna.

Bien está que volvamos nuestras miradas a nuestro pasado, al de nuestra España, pero es para mejor caminar a nuestro porvenir. Lo eterno de nuestros padres en el alma lo llevamos, y es el mejor panteón una escuela.

Pocas y superficiales raíces tiene entre nosotros el culto a la posteridad. Lo de la importancia de la educación del niño es un tópico que se repite por maquinilla, sin poner en él ni reflexión ahincada, ni sentimiento arraigado. El padre cree cumplir con echar sus hijos a la escuela, para sacudirse de ellos no pocas veces, porque en casa estorban. Y como la escuela no es para él más que el sitio adonde manda a sus hijos para que no le alboroten la casa, se cuida de ella poco.

Todo cuanto sea cuidarnos de la escuela, será convertir en fecundo progreso nuestra tradición, y asentar sobre firme y fructífera tradición nuestro progreso. En tal camino ha dado un paso gigantesco Cartagena. Es preciso que esa escuela llegue a ser un microcosmo, que vea en ella el niño reflejado el mundo todo y que no ya los niños, sino los grandes, vayan a ella a abrir los ojos un poco más de lo abiertos que los tengan. Es de esperar que se convierta en un museo en que con sólo mirar se reciban en el alma efluvios de realidad. Nunca olvidaré cierta escuela, en el extranjero, donde de tal modo estaban dispuestos en una pared esqueletos de extremidades de distintos vertebrados, que sin explicación alguna, con sólo mirar, se veía la unidad profunda de donde arrancaron la pata del león, la del toro y el caballo, el ala del murciélago y del águila y el brazo del hombre.

A la escuela primaria es a la que sobre todo toca la fecunda labor de hacer que nuestra escasa cultura sea menos libresca, que no tenga tanto de educación de momias. Es menester que no sea nuestra inteligencia tumba, sino cuna de conocimientos.

Cartagena acaba de ganar una batalla con las escuelas que inaugura, batalla de progreso mucho más gloriosa que las batallas de nuestra tradición, batalla por la conquista de una tradición de progreso; acaba de erigir una cuna de civilización en medio de tumbas de ella. Sus hijos le pagarán mañana su piedad paternal de hoy, su culto a la posteridad.

¡Dios le de, como a Abraham, gloriosa descendencia!

Miguel de UNAMUNO

Boletín de Primera Enseñanza de este distrito universitario
(Salamanca), año XXVIII, n.º 35, 15 diciembre 1900

[5]

(Sin título. «Palabras dedicadas a la Semana Santa de 1901»)

Conviene en estos días y en los demás días, meditar en lo que nos dicen los versillos 47 y 48 del capítulo xi del cuarto evangelio, cuando reuniéndose los jefes de los sacerdotes, y los fariseos se decían hablando de Jesús: «¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchas señales. Si le dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos y quitarán nuestro lugar, y la nación». De donde se ve que fue el de antipatriota el cargo principal que contra Jesús se adujo, que a nombre del *salus populi* se llevó al suplicio al Salvador; para que no borrasen los romanos la nación judía.

Miguel de UNAMUNO

Albores. Revista Literaria Decenal
(n.º extraordinario de Semana Santa), (Salamanca), año I, n.º 7, 2 abril 1901.

[6]

Tarjeta postal

Los pueblos aptos para la vida moderna son los que supieron emancipar su espíritu, son los que de un modo o de otro recibieron el impulso de la Reforma y, luego, ese espíritu libre lo supieron aplicar a ciencias, artes e industrias. Los más industriosos en Francia eran los hugonotes, expulsados cuando la revocación del edicto de Nantes. Cada día me convenzo más de que no habrá aquí verdadera resurrección —o *surrección* más bien— industrial y agrícola, mientras no haya una revolución religiosa; son las rogativas las que tienen atrasada nuestra agricultura; es la educación de fiarlo todo al santo patrono, a la novena, es eso de que deleguemos el pensar en las cosas más íntimas. Es el fatalismo de los acostumbrados a que se les de todo hecho. Pedir ingenieros, fábricas, pantanos, sin renovar el espíritu, es querer ir al chinismo. El pueblo prefiere los libros de propaganda anarquista a los manuales de ciencias y artes, y un carpintero lee con más gusto *La conquista del pan* que un Tratado del corte de madera. Con el primero aprenderá a trabajar mejor que con el segundo.

Miguel de UNAMUNO

La Dinamita. Semanario Radical y Literario (Béjar), 6 setiembre 1903.

[7]

A propósito de la huelga de Béjar

Al funestísimo y absurdo principio de que cada cual puede hacer de lo suyo lo que le plazca, acompaña el principio no menos funesto ni menos absurdo de que en los conflictos entre obreros y patronos el Estado debe limitarse a garantizar el orden y evitar coacciones.

Cuando, a principios de Octubre, estuve en Béjar, la huelga llevaba cerca de un mes. Seis antes de espirar el concierto de diez años que existía entre patronos y obreros,

denunciáronlo éstos —era el plazo estipulado para la denuncia— plazo más que suficiente para discutir pacíficamente el nuevo compromiso, y aquellos, los patronos, dejaron pasar los seis meses, con fútiles pretextos y obedeciendo en parte a lo que nunca debieron obedecer, a consideraciones político-electorales, sin contestar. Diríase que acariciaban la idea de provocar la huelga, de dar de una vez la batalla a la solidaridad obrera. Y la provocaron.

Estando yo en Béjar celebraron patronos y obreros una conferencia preparatoria, a la que, con otras personas que no eran ni de unos ni de otros, asistí, y pude observar en ella la diferente actitud de cada bando. Los obreros se expresaban con más claridad, con más lealtad, con más franqueza; los otros, salvo alguna excepción, se envolvían en frases dilatorias, aducían ridículos agravios de etiqueta y andaban con aquello de si tenían o no representación suficiente para tratar. Entonces sospeché que se trataba por parte de los patronos, de dar la batalla a las sociedades de resistencia, de acabar con ellas, si era posible.

Conozco algo a los industriales españoles por haber nacido y haberme criado en un pueblo industrial, y sé hasta qué punto llevan la absurda idea española de no dejarse imponer. Por eso que llaman no dejarse imponer, y temiendo si una vez transigen quedar a merced de las crecientes exigencias de los obreros, llegan hasta sufrir graves quebrantos en sus intereses.

No se hacen a la idea de ponerse en un pie de perfecta igualdad con los obreros, ni logran desprenderse del prejuicio de que sus obreros son a modo de criados o servidores suyos. Cualquier cosa se les antoja desatención o falta de respeto. Pretenden se les pida como favor lo que se les exige. Es, en fin, el vicio nacional, el que nos trae a todos a peor traer.

Y menos mal cuando el patrono tiene comprometida su fortuna toda en la industria, porque entonces el interés le llama al cabo a la realidad y le enseña que hay que dejarse imponer si se quiere vivir. Pero si, como parece suceder con los más fuertes industriales de Béjar, el capital que tienen puesto en sus industrias no es sino una parte —a las veces no la mayor— de su fortuna, entonces el mal de la castiza soberbia y ceguera españolas se agrava.

Añádase que las crisis industriales suelen ser como ciertas epidemias, que si debilitan a los fuertes, matan a los débiles y luego se alzan aquellos, los fuertes, con el santo y la limosna. Es lo que oí a un compañero e íntimo amigo mío, notable cínico, cuando la gripe andaba más furiosa haciendo de las suyas. «Yo ya sé —me decía— que esto me costará quince o veinte días de cama, pero es fácil que se mueran algunos de esos vejestorios que se eternizan a la cabeza del escalafón, y ascenderé unos numeritos». Por esto, cuando se provocan ciertas huelgas, hay maliciosos que creen que los grandes industriales prevenen, sin gran dolor, la ruina de los pequeños.

Aun sin conocer el estado en que se halla la huelga de Béjar, ni los motivos a que haya obedecido la vergonzosa fuga de los grandes patronos, dejando fuerte guarnición en la ciudad, basta leer la hoja que el día 20 publicó en ella «La Unión Industrial» para sospechar que al presente carecen de razón. Es una hoja llena de hipócritas lugares comunes, de insinuaciones envueltas en retórica manida, y en que nada de sustancial se dice, como no sea atribuirse a sí mismos y a no *haber aceptado el apoyo y protección que le ofreció la fuerza armada*—de lo que ésta protestará, de seguro— la evitación de algún grave conflicto, evitación que se debe tan sólo a la sensatez y buen juicio de la masa obrera bejarana, que no se ha dejado arrastrar al peligroso terreno a que la vergonzosa fuga de que arriba he hecho mención, parecía provocarla.

La lucha es dolorosa, pero es de esperar que merced a ella llegue día en que se convenzan en España todos los patronos que no son ellos los que dan de comer a los obreros, sino éstos los que les alimentan, que no se puede ni se debe exigir ciertos respetos y sumisiones que implican relación de inferior a superior, ya que ni aun en cultura suelen ser en España inferiores los obreros a sus patronos, que es preciso tratar con las sociedades y no con los individuos sueltos, no con el antiguo y desparramado rebaño, y que ni aun el beneficio se puede rendir despóticamente y sin contar con la opinión y el consejo de aquel mismo a quien se trata de beneficiar. (Esto último es alusión a caso concreto).

Cierto es que en Béjar el periodo agudo de la inevitable y a la larga fecunda lucha entre obreros y capitalistas ha coincidido con el periodo de transición de una forma arcaica de industria a otra más apta para la conquista del mercado moderno; pero ni los obreros aprovechan esto para extremar sus pretensiones —que a bien modestos términos se han reducido— ni deben los patronos aprovecharlo para lograr una posición que sería insostenible. Venían, dicen, mal acostumbrados; a recibir el oro a espueñas allá en los años del esplendor de la industria bejarana.

Ahora, con motivo de esta triste huelga en que entra algo más que lucha de intereses y es el terrible «no tolero imposiciones», acudirá a la memoria de todos la última y famosa huelga de Bilbao que solucionó admirablemente el general Zappino amenazando a los poderosos mineros con retirar las tropas si no encontraban pronto fórmula de arreglo. Por tan acertado modo de solucionar la huelga le felicité S. M. el Rey.

Miguel de UNAMUNO

El Diario (Salamanca), 24 enero 1904

[8]

«CAMPELINAS»

de José M. Gabriel y Galán

Como no me gusta dedicarme a descubrir mediterráneos, no voy a descubrir a Galán para los lectores de este diario. Descubrimientos tales deben quedar para otros. Ni he de hablar tampoco de cómo y cuándo conocí al Galán poeta, en tiempo en que nadie hablaba de él, ni le habían salido aún protectores *a posteriori*, ni jaleadores a buen recaudo.

Sólo recordaré que cuando visitó esta ciudad Pereda conoció ya *El Cristu benditu*, y fue porque se lo leí yo, que lo sabía casi de memoria por las muchas veces que a muchas personas se lo había leído ya. Ni he de meterme a indagar quién fue el que primero alentó a Galán y le animó a que prosiguiera. Me parecen ridículas las cuestiones de prioridad, y si topáis, lectores, con alguien que se empeña en aparecer como el primero que hizo esto o lo otro o aquel sin cuyo concurso no se hubiera resuelto tal o cualquier pleito, dejadlo en paz.

Y vamos con *Campesinas*.

En esta nueva colección de poesías de Galán se observa una mayor ternura que en las anteriores, una ternura rayana a las veces en sentimentalidad. El tono es más bien blando, más suave y muchas veces más verdaderamente popular, porque al pueblo, sea o no sea sentimental en sus actos, gusta de lo sentimental en lo que canta, acaso por compensación.

Diecisiete composiciones poéticas forman esta colección. Empieza con *Fecundidad* —y tal debería ser, acaso, el título del libro, como diré luego—, un cuadro sencillo y hermoso, que a ratos me recordaba *O Pastor* de Guerra Junqueiro. Es un cabrero que vive

cerca del vientre de las nubes pardas

y cuyo cuerpo

*parece un diente
del risco roto de la sierra parda*

y se lleva una Cabrera a aquellas alturas y allí crían un hijo. *La romería del amor* es otra composición entre descriptiva y lírica, en que el autor dice:

¡Me alcé en la tumba y sacudí la muerte!

y decidió volver a la ermita de la Virgen llevando en la mano un angelito humano.

En *Mi vaquerillo* hay versos en que recordaba aquello de «*jai, ao relente!; jai, ao relente!*» de la poesía *O Camposanto* de Junqueiro, y es una tiernísima composición en que de nuevo se manifiesta el amor de Galán a la niñez. Tiene versos muy hermosos, como los de aquellas noches y aquellas auras

*para hacerse de acero los cuerpos
para hacerse de oro las almas*

En *Ara y canta...!* hay una bellísima quintilla que dice: «*Si el mundo aquel te impusiera / yugos que imponen al mejor, / pensaras que tu mancera, / si no es la más llevadera, / tampoco es la cruz mejor.*»

La flor del espino es de lo más delicado y gracioso que tiene el libro; pero de lo más significativo es *Amor* —otro título que podría llevar la colección toda—. Delicadísimo también, y de un corte clásico-popular, es el *Idilio*.

De *En todas partes* lo mejor es dar una estrofa: «*De la pradera en el riente suelo / pintado de violetas y gamarzas; / en el fogoso amanecer de oro / y en el sereno amanecer de plata, / oyendo al ave que cantando sube / y al regatuelo que rezando baja; / con una rosa cerca de los ojos / y un ruido de aire que entre frondas pasa, / así, por el sentido / te siente Bueno el alma, dice a Dios.*»

La *Elegía* es tiernísima y de un corte parecido al de *La vela* en que aparece —si bien no muy claro— aquella linda visión de Junqueiro de una estrella hullando en la punta de la aguijada, en el cielo.

Cierra el libro una composición tan hermosa y tan significativa como la que lo encabeza y es la titulada *Tradicional*, nuevo himno al amor y a la fecundidad.

He dicho que el libro podría titularse como cualquiera de las dos composiciones que hay en él tituladas *Fecundidad* y *Amor*, y así es, en efecto. La idea dominante de «*Campesinas*» es la del amor fecundo, la del sano amor a la vida que es el que engendra hijos.

«*No hay que morir estéril; hay que dar fruto del amor a la vida, y frutos de vida*» parece decir el libro. En *Tradicional*, «*hervor de sangre que su cuerpo inunda*», dice que no ha nacido

*para morir estéril junto al nido
de una raza fecunda*

y más adelante añade:

*pondremos cama nueva al viejo nido
que mi sangre y mi Dios quieren fecundo.*

Nótese que Galán pone a la sangre junto a Dios y así la justifica o santifica, y que donde dice sangre, otros dirán otra cosa. Más adelante habla de

*leche y amor para la prole sana
que a Dios le place alegre y numerosa*

El Dios de Galán, como el de los judíos, quiere que tengamos muchos hijos. Habla luego de

soberano el Amor y fructuoso

y dice que es hijo

*del mundo vigoroso
que le plugo crear grande y profundo.*

La romería del amor termina, como dije, proponiéndose el poeta volver a la ermita de la Virgen, no con cantares, ni hielos de la mente, ni ofrendas de artificio, ni coronas de oropel, sino:

*¡Volveré cuando traiga de la mano
para rendirlo ante tus pies de binojos
un angelito humano
que tenga azules, como Tú, los ojos...!*

Diríase que el poeta, en su amor al amor fecundo, atesora cariño para los hijos nonnatos, hasta para la prole que ha de venir. Y este es el triunfo supremo del amor; amar no a nuestros bisabuelos sino a nuestros biznietos, a los que no hemos de conocer. Por ahí se va a que las cunas no dejen lugar a las tumbas.

Y es lo curioso que tome el amor tal forma, hacia el futuro no nacido, en poeta que se nos decía adorar el pasado.

En *Amor* hay dos versos, los últimos, altamente significativos:

*y si me quieres amar... ama la vida,
que a Dios y a mí nos amarás con ella!*

Y en esta misma composición nos dice que las puertas del sentido y del alma

tornó a poner frente al vivir abiertas.

Todo el libro, en su parte mejor, es un himno al Amor fecundo, al amor a la vida que hace hijos vivos, al misterio de la fecundidad que se debe vivir y no tocar

*Misterios que sois únicos
divinos bebedores
de encantos sabrosísimos.
¡Tocaros es perderos!,
¡viviros es gozar!*

He aquí, a mi juicio, la honda significación del último libro de Galán, aun cuando el mismo poeta, no se haya dado entera y clara cuenta de ello. Así como en cuanto a la forma y el tono busca los suyos propios y se busca a sí mismo, y a través de éste, y a través de aquel poeta —puesto que por los demás llegamos a nosotros mismos— así a través del Dios que le entregó la tradición del pueblo en que nació y vive, su sangre le está llevando a su Dios propio, al Amor fructuoso y fecundo, a la Vida.

No importa lo que él diga como hombre nacido y criado en tal o cual tradición; el poeta, libre siempre, busca y acaba por hallar su ideal propio. *Campesinas* es el libro en que más se revela el alma propia del poeta Galán; ya que en composiciones de otros libros intentó cantar con el corazón lo que le han enseñado a que acate su cabeza. El poeta, que es eterno y de todos los países y tiempos, se desata del hombre temporal y de tal país y de tal época.

Con este más seguro rumbo, con este adentramiento en sí mismo, a la busca de sus propios sentidos, Galán acabará por encontrar la forma precisa, la forma adecuada a su fondo, que entre tan felices ensayos rebusca. Le quedará de lo clásico la sustancia y la sustancia también de lo popular.

Tiene ya *procedimientos* y estos no es fácil cambiarlos. Véase estos versos sueltos.

*De las olientes montaraces jaras
como membrudo corredor venado
como lijera vigorosa corza
de bella mortal escoria
de inmensa rumorosa sinfonía
la triste turbia mirada
la enbiesta recta aguijada
y ví las dulces retozonas luchas
no durmiese en las entrañas de vieja encina bueca
la castiza vieja raza de selváticos poetas
mis amantes dulcísimos hermanos.*

Podría decirse que Galán abusa un poco, en general, de los epítetos, aunque nunca tanto como cierto orador de esta ciudad —cuya oratoria encomian mucho algunos, aunque a otros nos adormezca—, que apenas emplea sustantivo que no esté tullido, es decir, que no necesite de dos adjetivos, a guisa de dos muletas, para poder marchar en el discurso. Siempre sobra uno de ellos y de ordinario sobran los dos.

Hay que felicitar a Galán porque es un poeta en progreso, que no se estanca en cantar siempre las mismas viejas cantinelas que deleitaron una vez a los oídos hechos a ellos y retusos a todo nuevo son.

Miguel de UNAMUNO

El Diario (Salamanca), 13 marzo 1904

[9]

La base de la tolerancia

En Orihuela se ha celebrado una función de desagravios, seguida de una manifestación, contra no sé qué herejías que se pronunciaron en un mitin republicano. Es muy posible que las palabras del mitin que excitaron la indignación de los ortodoxos de Orihuela fueran, en efecto, palabras de escarnio, de desprecio o de insulto, porque de todo esto suele gastarse en mítines, pero pudiera también ser que no hubieran sido más que expresión de puntos de doctrina opuestos a los de la ortodoxia. Y en tal caso, si cada vez que alguien expone en público doctrinas contrarias a las nuestras vamos a protestar, no nos bastaba el tiempo para protestas.

Ni debe protestarse de nada ni discutirse nada, sino exponer cada cual sus doctrinas y dejar tranquilamente que las reciban los que las oyen y las cotejen con otras que hayan oído. Discutiendo no se convence a nadie ni se gana un solo adepto, y protestando tampoco se consigue cosa duradera. Lo importante es conquistar el derecho a que en Ley y en costumbre, de hecho tanto como de derecho, pueda decirse todo, siempre que no se injurie ni se escarnezca, ni se calumnie al prójimo, a individuos o a instituciones.

Debe oírse todo con calma y juzgar con templanza toda doctrina profesada por hombres de buena fe, por absurda y errónea que nos parezca. Y debe suponerse siempre buena fe a las personas, por mucho que sus opiniones discrepen de las nuestras. Otra cosa es soberbia pura. Soberbia y nada más que soberbia, soberbia aliada con ignorancia, es lo que puede llevar a algunos deístas a afirmar redondamente que no puede haber ateos teóricos. Aunque yo crea en Dios me guardaré muy bien de afirmar que no pueda haber hombres inteligentes que de buena fe nieguen su existencia. Desde el momento en que se andan buscando pruebas de ella, se confiesa que no es ésta ningún axioma. Y como con esto sucede con todo lo demás.

Pero hay algo más curioso y es que las gentes mismas que protestan airadas de que se ridiculice o escarnezca sus creencias —y, en efecto, están en lo justo al ofenderse por ello— no tienen reparo alguno en ridiculizar y escarnecer las de los demás. Sé de uno que me vino diciendo que había otro blasfemado porque negó que hubiera infierno, —lo cual será una herejía, pero de blasfemia nada tiene— y se regocijaba porque un predicador mal avisado se permitió en un sermón chistes de muy mal gusto acerca de Darwin, cuyas doctrinas, por de contado, sólo de oídas, y de pésimas oídas, conocía. Y francamente, es por lo menos una grosería herir los sentimientos de nadie, aunque sea de la más insignificante minoría, y si hay un calvinista, un darwinista, un budista o un mahometano entre un millón, es tan censurable que los 999.999 se burlen de Calvino, Darwin, Buda o Mahoma, como que el uno se burle de ellos.

La tolerancia no puede tener más que una base firme y es la firme convicción de la relatividad de todo conocimiento humano, que no hay error que no contenga su grano de verdad, ni hay cuerpo de doctrinas, por verdaderas que nos parezcan, en que no haya residuos y gérmenes de errores. Pero con gentes que empiezan por decir: «libertad, sí, pero sólo para el bien», y se arrogan luego el ministerio de declarar, a nombre de esto a del otro, lo que es el mal y hablan de ideas buenas y de ideas malas, con estos no cabe hablar de tolerancia.

La tolerancia tiene una base y es la convicción de que las ideas en sí, los principios doctrinales, no son ni buenos ni malos; que un mismo principio teórico le sirve a uno para encauzar sus nobles sentimientos y a otro para justificar sus fechorías; la tolerancia reina donde las gentes se convencen de que la conducta de los hombres no depende de las ideas

que profesan o dicen profesar; la tolerancia reina donde se juzga a los hombres por lo que hacen y no por los principios que sustentan.

No cabe paz verdadera donde haya una fracción de ciudadanos —sean los más, la inmensa mayoría, o sean los menos— que pretendan constituir una comunidad aparte, sin buscar a los otros en campo común de acción, prescindiendo de diferencias doctrinales. Y muy lejos de acercarnos a este ideal vemos que hasta la caridad, que es lo que debe estar más por encima de sectas, facciones, escuelas y confesiones, hasta la caridad se quiere sellar con sellos doctrinales y separar la ejercida por los negros de la ejercida por los blancos.

Miguel de UNAMUNO

El Castellano (Salamanca), 11 mayo 1904

[10]

La Universidad Hispano-Americana

No quiero ahora aquí ponerme a dar consejos a los jóvenes, y mucho menos a recomendarles que piensen de ésta o de la otra manera y en una o en otra dirección. Lo que hace falta es que piensen, sea como fuere, y que tengan valor para manifestar lealmente lo que piensen. Este valor es hoy lo más necesario en esta bochornosa atmósfera de mentira e insinceridad que nos rodea. Ni a mis propios hijos me atrevería a imponerles éstas o las otras ideas, pero siempre les inculcaré el que expresen las que abriguen, por muy opuestas que sean a las mías; antes los quiero rebeldes que no hipócritas. Si bien no estimo rebeldía el que un hijo piense en contra de su padre.

Hay que combatir con todas las armas esa mezquina especie de que no ama a su pueblo el que piensa de él esto o lo otro, y no quiere engañarle. Ahora, por ejemplo, se habla mucho en esta nuestra ciudad de eso del establecimiento aquí de una Universidad hispano-americana, y poco falta para que se declare malos salmantinos a los que no creen en su posibilidad. Se habla a tal respecto de entusiastas y de tibios y vacilantes, de optimistas y de pesimistas. Por mi parte, no me cuento ni entre los unos, ni entre los otros. No soy ni tibio, ni vacilante, ni pesimista, sino que me parece pura y sencillamente un absurdo lo que se proyecta, y una imposibilidad el que pueda establecerse en ninguna parte de la España actual semejante Universidad.

¿Por qué oponerse a una cosa buena?, se me dice. Y respondo que por la misma razón que me opondría si se provocase una agitación para convertir en puerto de mar a Salamanca o a Toledo, o para echar un puente entre la Coruña y la Habana. Debe impedirse, a toda costa, que malgasten las gentes sus energías en proyectos fantásticos y disparatados.

Y el proyecto de una Universidad sostenida por las naciones todas de lengua castellana y a que concurren hijos de todas ellas, es un proyecto disparatado y fantástico, y más aún el establecerla en España. Hasta hoy no pasa de tema de declamaciones, más o menos elocuentes y bien intencionadas casi siempre, de parte de algunos españoles, residentes en España o en América. Los americanos se callan, se encogen de hombros y se sonríen.

La mayor parte de los americanos estudian en América, y sólo salen de ella cuando han concluido su carrera para venir a Europa, pero no a España, a perfeccionar sus estudios. Y de venir a Europa, prefieren otra nación a España, porque es lo que me decía uno de ellos: «¿Qué vamos a aprender en España que no aprendamos mejor en Francia, Inglaterra,

Bélgica, Suiza, Alemania e Italia? ¿Castellano? Sabemos el bastante para entendernos». Y le atajé añadiendo: «Y aun en esto del castellano deben ustedes huir del monopolio de lo castizo que aquí pretende ejercerse; no hagan caso de nuestros maestros».

Mientras aquí se habla de Universidad hispano-americana y de reciprocidad de títulos, por allá dificultan cuanto pueden el acceso de los españoles titulados. Hasta hace cuatro o cinco años, con dos ejercicios se revalidaba un título en la Argentina; ahora, para conseguirlo, hay que rendir examen materia por materia, es decir, repetir la carrera. Y es lo que me escribía un personaje argentino: «Aquí lo que necesitamos son brazos y capitales, y no doctores. Para doctores los tenemos de sobra».

Por cualquier lado que se mire, la cosa resulta soberanamente absurda, y sólo puede prosperar la agitación a favor de ella, merced al desconocimiento que aquí reina respecto a las cosas de América, gracias a que no nos damos tampoco clara cuenta de nuestro propio estado y, sobre todo, a favor del carácter que la agitación toma. Todo se echa a barullo, a campaneo, a frases declamatorias, a vaguedades, a teatralería, a farándula y a un abuso de buenas intenciones sin la necesaria reflexión.

A muchos males nos exponemos dejando que eso se hinche más, pero el mal mayor sería que se inaugurara una cosa llamada Universidad hispano-americana. Es mejor que aborte, pues así nos evitaríamos un parto que ni el famoso de los montes.

No ha faltado quien, al exponerle yo mis puntos de vista, me ha replicado: «¡Pero usted habla como si toda América fuera la Argentina! Hay otras repúblicas, y en algunas de ellas, como en Bolivia, Colombia, Perú, Chile, el Ecuador, etc., familias que enviarían a sus hijos a España y a Salamanca, precisamente por cierto carácter que suponen se conserva aquí y que a V. no le agrada...» No le dejé continuar. «Sí —le dije— sé lo que usted dice, y conozco perfectamente el estado de ánimo de esas familias y de algunos españoles establecidos en América y con hijos americanos. Y presumo lo que quieren. Pero me parecería un mal grandísimo el que preparáramos a nuestros hijos un refugio contra la libertad que sus padres tienen. No debe sacrificarse al interés material otro interés más alto. Quiero mucho a Salamanca y preferiría verla convertida en un villorio de cien vecinos, antes que en madriguera de los hijos de esas gentes. Mas hasta eso es un absurdo».

Creo hacer un bien a esta ciudad, a la que tanto y tan de veras quiero y de la que son mis hijos, advirtiéndole a los salmantinos que no hagan caso de fantasmagorías para pasar el tiempo, que no presten oídos a los lugares comunes de fácil alabanza, y que con su actitud obliguen a los que quieren a Salamanca —pues por amor a ella andan en eso los más de los que en ello andan— a que encaucen sus buenas intenciones y sus energías por caminos claros, definidos y que lleven a alguna parte.

¡Pensar en traer extranjeros a España, cuando los más de los españoles que tienen buen juicio y alguna fortuna para poder hacerlo, empiezan a mandar a sus hijos al extranjero!

Y entonces, ¿qué vamos a hacer?, se dirá. Contribuir todos a elevar el nivel intelectual y moral de España, pedir que se mejore la instrucción pública ordinaria —pues mientras no tenga como debe tener el Estado aquello que se obliga, no tiene ni aun derecho a meterse en lujos ni en fantasías— combatir todo género de exclusivismo doctrinal y de dogmatismo de escuela, convencernos de que no hay nada que deba ser indiscutible y, sobre todo y ante todo, pelear sin tregua ni descanso contra la farándula y la mentira, y el tapujo y la falsificación, que nos tienen carcomida el alma nacional. No debe engañarse a nadie.

Podré estar yo engañado en mucho de lo que aquí he escrito —¡ojalá!— pero tal es mi robusta convicción, y no quiero engañar a otros. Y, pues, que veo que están intentando

crear un ambiente de equivocaciones e ideas falsas, gentes que unas, las más, creo engañadas, otras engañadoras, y algunas engañadas y engañadoras a la vez, doy mi voz, que no ha de ser por última vez, y espero a que el fantasma se disipe por su propia inconsistencia.

Miguel de UNAMUNO

Gente Joven. Semanario Literario Ilustrado (Salamanca), 24 diciembre 1904

[11]

Muerte que da vida

Se ha muerto Galán y al morir se podemos decir que empieza a vivir de veras, pues tal es la muerte de los fraguadores todos del ideal.

Se ha muerto y ahora no oír ya el aplauso ruidoso ni la lisonja falaz pero oír sin duda el latir silencioso de los corazones de sus lectores oscuros y callados.

Cada cosa vuelve al manantial de que surgió, como los ríos al mar de donde se elevaron las nubes, sus madres. Su cuerpo vuelve a la tierra, su madre; su alma al seno infinito y eterno de que salió; su poesía al pueblo que se la dio, a la humanidad.

El poeta es el que sabe expresar lo universal y perdurablemente humano de su pueblo, no lo que diferencia a éste entre los demás pueblos de los hombres; el poeta es el que sabe dar voz a sentimientos de todos los tiempos y de todos los lugares. El verdadero poeta está sobre diferencias de razas y de patrias, es ciudadano del mundo. El ruiseñor, aunque anida en este o el otro soto, tiene por patria el cielo y gorjea el mismo cantar en todas partes. Su lengua es universal.

Conocí a Galán hace unos años cuando su hermano Baldomero me dio a leer *El Cristu Benditu*. Y cuando nadie hablaba de él se lo di a uno y a otro y a otro más, hasta aprendérmelo de memoria. Fui de los primeros, tal vez el primero, que le animó a que diera al público sus cantos.

Más tarde y cuando ya su nombre andaba de boca en boca, nos unió en un para mí inolvidable banquete nuestro querido y común amigo Luis Maldonado. Ese banquete lo llevo en el corazón. A él vino Galán con serenidad y fortaleza de espíritu.

Y este acto que nos unió no fue sino expresión de otra unión más íntima y más recia, la unión de todos los hombres de buena voluntad, la unión de todos los que amamos la poesía, que es la verdad suprema, y por amarla aborrecemos el engaño.

La poesía es ante todo y sobre todo sinceridad, y en cuanto fue sincero fue Galán poeta. Si viviendo hubiera alguna vez flaqueado y ocultado, ya que no disfrazado, su sinceridad, habría dejado de ser poeta.

Conservo su última carta, una carta de no hace muchos días, en que me decía que iba a venir acá, a Salamanca, y de paso se enteraría de eso (era su palabra), de eso que se habla ahora tanto por aquí. Quería enterarse.

Nos unía, aún sin acaso saberlo bien nosotros, nuestro común amor a la verdad, y hoy en que ese santo amor, que es el pan de mi alma, va aislándome poco a poco y en que siento por serle fiel desgarraduras de afecto, hoy me alegro de tener para siempre ese amigo en la vida eterna.

Fue un maestro, no un doctor. Maestro fue Jesús y doctores eran los fariseos, doctores de la Ley.

¡Pobre Galán! Tú te has ido para siempre dejando entre nosotros para siempre el aliento de tu alma, pero sobre tus restos aún tibios, sobre la tierra recién mejida de tu sepultura, hemos de proclamar la inmortalidad de la poesía, la inmortalidad de la verdad íntima y cordial, por la que luchaste, pues todo canto es lucha.

¡Pobre Galán! Al pie de la Sierra de Francia se meció tu cuna y aires de la montaña brezaron tus sueños infantiles, en un frondoso repliegue de sierras de Extremadura pusiste tu nido y maduró tu espíritu, y Dios te ha llevado antes que convirtieran en bandería tu nombre los espíritus de secano.

¡Pobre Galán! Has muerto, pero quedamos vivos los que con tranquilo reposo gustamos de la miel de tus cantos, quedamos vivos para vivir lo que no vivieron los muertos, y en esta tu tierra, en que se disfraza de Don Quijote Sansón Carrasco, continuaremos luchando en la batalla que no tiene término.

Miguel de UNAMUNO

El Castellano. Diario de la mañana (Salamanca), 9 de enero de 1905⁹

[12]

(Sin título. Palabras dedicadas a la «Estudiantina Valenciana»)

Es inútil querer forzar a la imaginativa a que nos diga algo cuando no está ella en vena de decirnos cosa alguna. Ayer me pidieron un par de cuartillas, o siquiera una, los redactores de este semanario, y me alarmé, porque considero la mayor esclavitud la de tener que escribir una cuartilla, a pedido. Pensar para escribir porque se ha pensado.

Y por lo que hace al objeto a que el número este se dedica sólo puedo decir que no se me ocurre nada.

San Pablo decía: «¡miserable hombre de mí! ¿quién me librá de este cuerpo de muerte?» Y a remedo de esto puede decir cualquier publicista a quien se le pidan cuartillas: «¡miserable escritor de mí! ¿quién me librá de esta firma de muerte?».

Miguel de UNAMUNO

Gente Joven. Semanario Literario
(N.º extraordinario dedicado a la «Estudiantina Valenciana»),
(Salamanca), 27 febrero 1905

9. El mismo periódico, *El Castellano*, publicaría dos días después (11 de enero de 1905) una carta del poeta Salvador Rueda a Unamuno a propósito de la muerte de Galán y que no se encuentra entre las conservadas en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca (R 5/1). Decía lo siguiente: «Sr. D. Miguel de Unamuno. / Amigo y maestro: / A V., hermano espiritual del poeta Galán, envío mi dolor por su muerte. No tengo el honor de tratar a su familia, ni la honra de tratarlo a él tuve tampoco, pero le quería sin conocerlo y le admiraba de corazón». Y concluía con unos sentidos versos: «*Morir lira tan tierna no concibo / aún con las cuerdas de canciones llenas. / Mando con mi dolor profundo y vivo / y trazados con sangre de mis venas, / estos renglones que llorando escribo.* / Salvador Rueda. Madrid 8 enero 1905».

[13]

Poesía y lógica

Es un consuelo y un alivio el leer a un poeta cualquiera verdadero, como Galán. Nada prueba, nada demuestra, no razona ni doctrina. En la poesía no hay silogismos, y cuando los meten en ella, deja de ser tal poesía. Eso que llaman lógica, y que no es sino una maqui-nilla para ahorrarse el tener que concebir por cuenta propia, está reñida con la poesía.

Después de haber tenido que sufrir a todos esos espíritus sin jugo ni calor que os vienen con los estribillos de «definamos los términos», «procedamos por orden», «sentemos primero las premisas», etc., etc., ¡qué fresca poder bañarse en genuina y legítima poesía!

La peste de la literatura en este país fue siempre la manía razonadora: su espíritu tendencioso y doctrinario. Se escriben odas *ad probandum*. Como dice con gran agudeza Guerra Junqueiro hablando de Quintana, las odas de éste son elocuencia rimada, abogacía, pero poesía no. Y esa condenada abogacía es el cáncer de nuestra literatura.

Y he aquí por qué he gustado de Galán; porque no hay abogacía en sus cantos; porque cuando se sentía poeta no iba a probar o reprobar, a defender o a combatir cosa alguna, y cuando caía en esto dejaba de ser poeta.

La lógica es una cosa puramente formal, y que no sirve más que para ordenar materia ideal que se encuentra o se crea por otros medios. Jamás se ha descubierto ninguna nueva verdad valiéndose de silogismos. En el orden del espíritu los grandes descubrimientos, las revelaciones esenciales, vienen del corazón. Y por muy sutiles ingenios que haya en un pueblo, y por mucha ciencia que en él se enseñe, jamás se llegará a acrecentar el caudal de las verdades eternas y esenciales, de las verdades que consuelan de haber nacido y nos hacen mirar cara a cara a la muerte, mientras estén enjutos y fríos los corazones. Y así, al darles calor la poesía, les pone en punto de calar la verdad.

Y de calar la verdad esencial, la que nos importa, la que nos ayuda a vivir y no tan sólo a comprender cómo está hecho el universo.

¡Bien hayan los poetas que, como Galán, nos curan de las heridas que los razonadores nos infieren!

Miguel de UNAMUNO

El Castellano (Salamanca), 26 marzo 1905

[14]

Recuerdos y enseñanzas

Enseñaba Spencer en su famosa obra acerca de la educación que no es conveniente la intervención del padre, sino que se deje al niño de modo que lo aleccione su propia experiencia de las cosas. Si, por ejemplo, se empeña tocar con el dedo la llama de una bujía, debe dejársele que lo haga, para que así aprenda por sí mismo que la llama quema.

La doctrina, tal y como Spencer la exponía y desarrollaba, no deja de tener sus aspectos atractivos, pero a los padres nos convence muy poco. Los padres pecamos del lado del

intervencionismo, y queremos que nuestros hijos aprovechen la experiencia por nosotros adquirida.

Pero desgraciadamente es muy exacto lo que dice aquel dicho tan corriente y vulgar de que nadie escarmienta en cabeza ajena. El hombre es, entre otras muchas cosas, un animal incorregible. Vuelve siempre a las andadas.

Y es porque es un animal olvidadizo, y lo es para dicha suya. Porque si no olvidáramos, ni podríamos recordar, ni podríamos vivir.

El olvido es, en efecto, el fundamento de una buena memoria, que sólo es buena cuando se basa en una justa selección de recuerdos. Si fuéramos a conservar en la memoria todas, absolutamente todas las impresiones que hemos recibido, ahogaríase por su propio sufrimiento la memoria misma. Tiemblo ante los hombres que recuerdan fielmente fechas, nombres, sucesos menudos; lo que se les dijo tal día y en tal sitio o cosas por el estilo.

Lo mejor sería no recordar más que las conclusiones y no sus premisas. Cuando conservo en la memoria una fórmula cuya aplicación me es útil, para nada necesito recordar cómo se halla la fórmula, como no recuerdo cuándo, dónde, ni de qué manera aprendí tal o cual vocablo que me sirve para darme a entender.

El 2 de abril de 1903 tuvieron efecto en esta ciudad sucesos que muchos recuerdan. Pero yo espero y confío en que luego de haber sacado al recuerdo de aquellos sucesos toda la enseñanza que ellos encerraban, conviene olvidar los sucesos mismos. Porque el recuerdo de estos llegaría a enturbiar y falsear las enseñanzas que de su ya olvidado recuerdo se hubieren deducido.

Cierto es que aquí se atraviesa recuerdo de vidas truncadas, pero la muerte es un accidente inevitable y de una o de otra manera, todos tenemos que morir más tarde o más temprano.

Y no quiero recordar lo de que la letra con sangre entra, porque lo triste suele ser que no entra la letra y se pierde la sangre, que si fuera verdad lo del aforismo, podía darse lo demás por no tan mal empleado.

Miguel de UNAMUNO

Gente Joven. Semanario Literario Ilustrado (Salamanca), 1 abril 1905

[15]

Loor a Cervantes

por Miguel de UNAMUNO

Rector de la Universidad de Salamanca

En toda España apréstanse corporaciones y particulares a rendir un muy merecido homenaje de admiración al ilustre Cervantes, rey de los ingenios españoles, que nos dejó en su inmortal *Quijote* un modelo imperecedero de hermosa habla castellana y de sano humorismo castizo.

En medio del general abatimiento que ha producido en las clases sociales todas de nuestra amada patria, la última y lamentabilísima catástrofe, levanta el ánimo el considerar

que aún quedan buenos patriotas empeñados en la nobilísima tarea de mantener el fuego sagrado del santo amor a nuestras venerandas tradiciones patrias.

El nombre inmarcesible de Cervantes puede servirnos de refulgente enseña bajo la cual, nos agrupemos todos en un común y levantado anhelo de restaurar nuestras pasadas glorias, las espléndidas glorias de aquellos felices tiempos pasados en que el sol no se ponía en nuestros vastos dominios.

Nosotros opusimos con nuestros pechos generosos un valladar a la innoble media luna que con furor satánico amenazaba ahogar a Europa entre sus ponzoñosos cuernos; nosotros paseamos nuestras banderas triunfantes por la fértil Italia y el graso Flandes; nosotros surcando en aladas carabelas frágiles el proceloso océano descubrimos y conquistamos para la fe de Cristo el Nuevo Mundo que yacía en las tinieblas de oprobiosa gentilidad; nosotros, en fin, creamos el inmortal e ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha, regocijo y solaz de las gentes de los países todos en la larga sucesión de las edades. Y al volver nuestros afligidos ojos de aquellas fúlgidas glorias de antaño a estas nuestras lamentables desdichas y vergüenzas de hoy en día, al volverlos así del pasado al presente, ¡ay!... ¿qué diremos?

Lamentable, sí, lamentabilísima es nuestra actual decadencia; lamentable... etc.

Pero aún hay corazones magnánimos; corazones esforzados, corazones generosos que laten alborozados al eco de nuestra grandeza que fue, aún hay espíritus abnegados que rebuscan la partida de bautismo de la bisabuela de Cervantes; ¡aún hay patria!

Cierto es que no faltan jóvenes modernistas, más o menos jóvenes y más o menos modernistas —si bien debo declarar que a la hora de ahora no hay quien sepa qué quiere decir modernista y menos aún lo que quiere decir joven— que presa de un extraño delirio iconoclastico malrotan su esfuerzo todo pneumático en pretender ¡locos! socavar los pedestales de nuestras mejores asentadas reputaciones y hasta se han atrevido ¡menguados! a traer en lenguas la excelsa gloria del peregrino rey de nuestros ingenios.

.....

Yo creí que era fácil ensartar disparates y enhebrar lugares comunes de esos que, por pesados que sean, flotan en la atmósfera mercurial de la ramplonería ambiente, pero no es ello tan hacedero como a primera vista parece. La tontería es inimitable; tan inimitable como la locura. Lo cual debe servir de consuelo al número de los tontos que es, según las Sagradas Letras, infinito.

Y basta ya.

Gente Joven. Semanario Literario Ilustrado
(Salamanca), 13 mayo 1905

[16]

Dos palabras

No me gustan las tunas. Está bien que los jóvenes se diviertan, pero es cuando hacen otra cosa más que divertirse, y en España, por lo menos, si se unen y conciertan para tocar guitarras, bandurrias y panderos, o para pedir vacaciones, no saben, hasta hoy, unirse para ninguna acción común, elevada o noble, de trascendencia espiritual. Los estudiantes

españoles, a diferencia de los de otras naciones, han permanecido indiferentes a movimientos espirituales que han sacudido las almas de aquéllos.

Pero como dice el refrán, a falta de pan, buenas son tortas. Y ya que no busquemos el conocer y amar a Portugal por otros medios, menos mal si estos viajes de estudiantes portugueses por España, y los de españoles por Portugal, contribuyen a despertar en ambos países el deseo de conocerse mutuamente, único modo de quererse de veras.

Miguel de UNAMUNO

Rector de la Universidad salmantina

El Microbio. Periódico Semanal

(N.º extraordinario dedicado a los Señoritos y Tuna Escolar de Guarda, Portugal)

(Salamanca), 26 febrero 1906

[17]

Sobre el batallón infantil

Sr. Director de EL CASTELLANO

Mi querido amigo: Va transcurrido ya mucho tiempo desde que en mala hora se formó el desdichado batallón infantil y este es el día en que la prensa de la ciudad¹ lejos de condenarlo, le ha dado fomento dejándose llevar de su funestísima condescendencia con toda convención. Y como en estos días se ha exhibido a troche y moche a esos pobres niños, ha de permitirme que no falte una voz que proteste públicamente de ese disparate.

Bien sé que a unos les parecerá esto una salida de tono, otros lo tomarán por una de mis cosas y los más no verán lo que de malo tenga el batallón, pero yo creo cumplir con un deber y me basta.

Precisamente cuando en todas partes donde se cometió la torpeza de formar batallones de esos, se están deshaciendo, se les ocurre a unos cuantos sujetos formarle aquí. Es algo así como lo del mercado cubierto con el que se está estropeando la Plaza de la Verdura.

El batallón infantil es una de las ocurrencias más profundamente deseducadoras, y no puede ser apadrinado por nadie que seriamente se cuide de la educación de la niñez. Porque aparte de que los niños no deben servir para divertir a los mayores, es ello un incentivo a la vanidad infantil y al pernicioso instinto de exhibicionismo.

Y aun trae aparejados otros males. Anteayer precisamente presencié en la calle de Zamora un espectáculo lamentable y fue el de un chicuelo, vestido de sargento, que apoyándose en aquellos galones de juego, pretendía imponer su voluntad a otro chiquillo, vestido de soldado raso, obligándole a ir por donde a él, al sargentillo, se le antojara, y al reprenderle yo, me contestó: «es que tiene que venir por donde yo le mande». Y se habían venido a las manos. Y sé de otro mocito, vestido no sé si de capitán o de comandante, que increpó a un raso porque no le saludaba. Y esto no es enseñar disciplina, sino a jugar

1. Para dar cabida en el número de hoy a este interesante artículo, interesante por el asunto que en él se trata y por la firma que lo autoriza, retiramos el que ya teníamos preparado sobre la misma cuestión, titulado «Jugando a los soldados». Y sirva esto de respuesta al reproche que el señor Unamuno dirige a la prensa local.— *N. de la R.*

con ella. La milicia será buena o mala —que esto no hace ahora al caso— pero no es cosa que deba tomarse a broma y juego. Esos muchachitos, a quienes se les enseña a jugar con la disciplina, podrán ser mañana de los ciudadanos más indisciplinados. Tomando la disciplina a juego, sólo se aprende a jugar a la disciplina.

Y aún en esta disciplina de juego ¿qué autoridad, y por qué estableció la jerarquía y dio a cada cual su grado? Fíjese en esto y verá todo lo que tiene de deseducativo.

Es natural que al tratar de verificarse la jura de la bandera el capitán general del distrito lo prohibiera y debiera prohibir el que unos cuantos mal avisados padres vistan a sus hijos, para divertirse con ellos, con uniforme de reglamento.

Parece imposible que personas serias y de buen juicio apadrinen de una o de otra manera, esa ridícula parodia.

Ante todo y sobre todo hay una razón suprema y es el respeto que se debe a la niñez. Al niño no debe convertírsele nunca en juguete de los mayores, ni traerle y llevarle como número de festejo de feria. Es lamentable que en Carnaval se saque a los pequeñuelos vestidos de mamarrachos, con mejor o peor propiedad, y es más lamentable aún que el Carnaval se prolongue a otras épocas del año.

Por el buen nombre de Salamanca es de creer y esperar que se disuelva cuanto antes ese ridículo batallón que nunca debió haberse formado.

Gracias por haberme admitido estas líneas de protesta, y queda amigo suyo lealísimo,

Miguel de UNAMUNO

El Castellano. Periódico de la mañana (Salamanca), 17 setiembre 1906

[18]

D. Mamés Esperabé

Los de la generación que sigue a esta nuestra de los que andamos entre los cuarenta y los cincuenta, no habrán conocido a aquellos hombres que surgieron a vida pública merced al movimiento revolucionario de 1868, a la Gloriosa. En punto a conocimientos y ciencia creo que cedían a los de ahora, pero por lo que hace a entereza de convicciones y a celo por el bien público dieron pruebas que éstos aún no han dado y que todo hace temer que desgraciadamente no las han de dar.

Uno de los hombres de aquella hornada fue aquí, en Salamanca, D. Mamés Esperabé.

En 1868, el año de la Revolución, le eligió el pueblo, bajo la dirección de la Junta revolucionaria que presidía D. Tomás Rodríguez Pinilla, concejal de esta ciudad, y el año siguiente fue nombrado por el Gobierno revolucionario rector de esta Universidad. Y lo fue por su significación política como demócrata progresista, que era como se llamaban a los del partido radical acaudillado por D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Don Mamés era, en efecto, por entonces progresista o radical, o si se quiere liberal, amplia y genuina y enteramente liberal. Y su liberalismo se corroboraba y acrecentaba en su trato frecuente e íntimo con D. Santiago Usoz, un cuáquero, y D. Mariano Arés, un racionalista.

Su significación política le llevó a D. Mamés en 1872 al Senado, sin él haberse enterado de su elección hasta que ésta se hubo verificado en Palencia, y al año siguiente, el de 1873, votó como senador la República. Sus relaciones y amistades políticas, a la vez que privadas, eran con Zorrilla, Castelar, Salmerón, Giner, Uña, Madrazo, Rodríguez Pinilla, Gil Sanz y con los más significados progresistas.

Llegó la Restauración y D. Mamés, que debía el Rectorado al movimiento revolucionario que expulsó de España a los Borbones, consultó con sus amigos políticos si debía o no renunciarlo. Con fecha 4 de enero de 1875 le escribían D. Nicolás Salmerón y D. Juan Uña en carta que tengo bajo los ojos:

«Nuestro querido amigo: No siendo el Rectorado un cargo político, ni habiéndolo usted desempeñado con semejante carácter sino con vocación verdadera por la enseñanza, con provecho de ésta y honra de usted, opinamos que no debe renunciarlo. Si el Gobierno actual no estima buenos los servicios de usted, que lo releve, y si no siga usted haciendo lo que pueda por la enseñanza y por su Universidad»¹.

En el mismo sentido le aconsejaron, entre otros, D. Tomás Rodríguez Pinilla y D. Santiago Diego Madrazo. Este último, en carta fecha 7 de enero le decía, entre otras cosas: «Por ahora, pienso que no será usted separado, por el espíritu de atracción que domina; eso será quizá temible cuando se hagan las elecciones y se exacerben las pasiones políticas»².

No ocurrió así, porque D. Mamés tenía clara conciencia de la significación no política de su cargo, aunque a la política le hubiera debido, y no se sirvió de él nunca para hacerla. Y es que, sobre todas sus demás virtudes, dominó siempre la de la discreción.

La de la discreción cuya raíz y fundamento es la tolerancia.

Los años y el cansancio que tras de sí traen, el ambiente de la Salamanca de la Restauración, desengaños acaso, sobre todo después de la ruidosa muerte de su querido, fiel y buen amigo Arés, fueron acaso entibiando sus primeras convicciones, pero de su espíritu liberal y progresista, nunca en él extinguido, conservó siempre el ánimo de amplia tolerancia. En mis manos ha estado cierto famoso expediente contra un catedrático que lo prueba, así como prueba su celo por la independencia académica y por la libertad de la cátedra, celo demostrado además en su actitud cuantas veces se intentó meter en la representación senatorial universitaria a príncipes de la Iglesia, que tienen la suya propia y adecuada. En toda contienda electoral académica se puso siempre D. Mamés del lado del candidato más liberal y del lado del civil frente al eclesiástico. Votó a Valera frente al obispo Izquierdo, y a Hernández Iglesias frente al obispo P. Cámara.

Y sobre todo guardó siempre un profundo respeto hacia toda actividad mental inteligente y sincera, fuere la que fuese su dirección de doctrina. He conocido pocos hombres más íntimamente respetuosos de la libertad de conciencia, y pocos más aborrecedores de toda intransigencia y todo sectarismo.

Jamás olvidaré que en días que él creía eran para mí de difícil prueba y de amargas contrariedades, me habló de las intemperancias sectarias, demostrando conocer muy bien a aquellos con quienes había convivido académicamente tantos años. Cuando se intentaba hacer de su nombre bandera le oí muy instructivas referencias.

1. De la colección del Sr. Onís.

2. *Ídem*, *íd.*, *íd.*

Si él se afirmó en su puesto fue ante todo y sobre todo por aquella su discreción, hija de la tolerancia de su espíritu liberal.

Hoy que la tierra le guarda de las malicias de los hombres es un deber para los que le quisimos el de revelar con qué dotes de espíritu se aquistó el cariño y el respeto de cuantos le conocieron, y este deber es acaso mayor para mí que ocupo hoy el honrosísimo sillón que él honrara tantos años.

Miguel de UNAMUNO
Rector de la Universidad
Salamanca, octubre, 1907.

Homenaje. Revista consagrada a honrar la memoria del rector D. Mamés Esperabé Lozano en el primer aniversario de su muerte (Salamanca), 3 noviembre 1907¹⁰.

[19]

O todo o nada

«¡O todo o nada!». Tal era la divisa del Brand ibseniano. Y tal es la divisa de otros que no son Brandes.

Conocí entre ellos a un sujeto que había hecho una *curiosísima* aplicación del lema. Y era que siempre llevaba o mugre en las orejas, o roña en el cuello o las uñas de luto. Y cuando se le llamaba la atención sobre ello, decía: «sí, a ver si mejora algo el tiempo y voy a darme un baño». Y mientras no llegaba el día de darse el baño general, ni siquiera se lavaba la cara.

Y así sucede a nuestra ciudad. Todo se deja para el día en que, hecho el famoso empréstito, emprendamos la obra de la traída de aguas y el alcantarillado. Y hasta tanto pueden estar las calles hechas barrizales, con más baches que chinarras, y puede cada vecino gozar de la admirable libertad de barriga de que aquí se goza.

En una de las rinconadas exteriores de la Catedral, en la plaza de Anaya, junto a la casa del señor Sánchez de la Peña, hay un yacimiento de guano humano, que se renueva cada día. Y no de noche. Hace pocos días vi en los Caídos, de cara al río, en el lugar más conspicuo y gozando del panorama, descargarse de lo que le estorbaba un... guardia municipal. Es un encanto.

Cuando mejore el tiempo y nos demos el baño general, es decir cuando se haga eso del empréstito, impediremos que los comerciantes descarguen sus cajas en la acera y llenen ésta de papeles y paja, mas entre tanto... ¡No han de dejarla más sucia que está!...

Cuando se haga el alcantarillado impediremos que a cualquier hora del día le sacudan a uno encima las alfombras o las sábanas o el cesto de la basura, mas hasta tanto... ¡O todo o nada!

Nuestra ciudad tiene fama, y no mal adquirida, de puerca, pero no por la falta de alcantarillado, sino por lo que se ve en la calle. Salamanca es, sin duda, una de las ciudades más

10. Reproducido del ejemplar que se conserva en la Casa-Museo Unamuno de Salamanca (sig: 2-199).

liberales en este respecto. Un caballero, al parecer, no hace muchos días desahogaba en pleno día su cistitis en un rincón de la calle de la Rúa. Es fácil que le viera el municipal aquel que en los Caídos combinó lo artístico de la contemplación del paisaje con lo útil de librarse de lo que le estorbaba.

Libreme Dios de culpar a las autoridades sólo. Mucha parte de la culpa les cabe a los vecinos, que deberían actuar de municipales supletorios. Si cuando un vecino viera a otro bajarse las bragas en plena ciudad llamase al municipal, éste no tendría más remedio que cumplir con su deber.

¿Qué tal si formásemos una liga contra la impudencia y la marranería empezando por comprometernos sus miembros a no hacer aguas, ni mayores ni menores, en sitios públicos? Y sin tener que esperar, por supuesto, al baño general.

Esta ciudad atravesada, por desgracia para ella, por una carretera general, está convertida en un retrete público. Consecuencia, en gran parte, de lo de la carretera.

Y hay que añadir la libertad de que gozan los burros. Va uno a entrar en su casa y se encuentra con que se lo impide un burro atado con un ronzal al pestillo de la puerta. El burro está protegido por un lechero, un panadero o un cisquero. Y aquí lecheros, panaderos, cisqueros y toda clase de rurales campan por sus respetos. Y así esta pomposa ciudad tiene de todo menos de *urbe*. Su aspecto y sus hábitos son de lo más rústico que cabe. No en vano cuando llega la trilla olemos al tamo de las eras.

Nos queda el consuelo de pensar que esto se arreglará el día del baño general, cuando se haga el alcantarillado, es decir cuando se establezcan aquellos maravillosos estudios ibero-americanos que hace más de tres años están siempre al caer.

O todo o nada.

Miguel de UNAMUNO

El Castellano. Periódico de la mañana (Salamanca), 17 diciembre 1909

[20]

Segundo golpe

El otro día, el de los implacables aguinaldos, fue una comisión de barrenderos a pedirlos a cierta casa y la señora de ésta les recibió diciéndoles: «para lo que barren ustedes la calle...!» Y ellos contestaron humilde y modestamente que a la tal calle no le correspondía ser barrida sino los martes y los sábados. Y así es como me enteré de que no se barren todos los días las calles todas, aunque se ensucien todas a diario y no poco.

Hasta que le toque, pues, a una calle su turno de aseo, allí se están las deyecciones de caballos, bueyes, perros y hasta personas. De esta última clase las hay que cuando les viene el apuro salen de casa a la calle. Me supongo que por más higiénico y por más ameno.

Aunque en esto hay su lógica. «Pero mujer —le dije un día a una madre, que mandó a su hijo a la calle a desatracarse—, ¿por qué no hace eso el niño en casa?» Y me contestó con un argumento irrefutable: «¡buena gana! al fin y al cabo a la calle había de ir...»

La higiene y el aseo públicos dependen de los privados y estos son los que andan aquí en estado archi-primitivo. En el fondo es falta de fe. Casi nadie cree en la eficacia de la

limpieza. Y como parece que personal y sensitivamente no les molesta... Hay además una cierta voluptuosidad del pingue, cuyo estudio recomiendo a los psicólogos.

Aquí se nos ocurre algo sobre que nos constituyamos todos en guardia municipal espontánea y honoraria, pero efectiva.

Mas volviendo al tema, ¿por qué no se barren todos los días las calles todas?

Si es por falta de personal, eso tiene un excelente arreglo. Basta con proveer a los guardias municipales de sendas escobas y harían mejor servicio del que hacen. Ya que no logran que no se ensucien las calles, que las limpien.

Y a propósito de guardia municipal, sería curioso averiguar en qué principio de táctica se funda el que estén casi siempre los más de sus individuos concentrados en la Plaza Mayor. Se comprende que estén allí los veteranos, tomando el sol en la acera de Correos, pero los demás...

Y volviendo al barrido, ya que nuestro espléndido y rumboso Municipio, con su valor cívico acreditado, echó el otro día mano de tres mil pesetas —no sé si las reservadas a los reservistas— para la vergonzosa *limosna* de todos los años, ¿por qué no hizo que barrieran las calles los que la recibieron?

Insisto en que debemos formar el partido o liga de la limpieza a ver si alguno de esos concejales que desde el día en que se posesionan del cargo no hacen sino preparar su reelección, preocupándose más de la *masa* electoral que del provecho y bien comunes, trabaja por congraciarse con nosotros, los de la liga del aseo, mientras otros trabajan por congraciarse con los pedigüenos y hospiciados.

Con tres mil pesetas se podría haber *desenmerdado* algo a Salamanca, mientras llega el suspirado día del baño general que será, como es sabido, cuando se nos goce eso del empréstito, o lo que sea.

Y tampoco nos parecería un disparate el que el Municipio acudiese a otro expediente, cual es el de la prestación personal, obligando a los vecinos de cada casa a que tengan limpia la parte de calle que les corresponde. Lo cual a su vez sería de justicia retributiva, pues son esos vecinos por lo general de los que más se empuercan. Si así se hiciese, ya se cuidarían los amos de cada casa de pelarles a sus criadas el pelo de la dehesa. Esto cuando no son los amos mismos los que le traen y bien recio y crespo. Porque a rústicos...

Se impone de todos modos una dictadura del aseo. A ver qué hace el nuevo Concejo y si muestra en este asunto el valor cívico que en abastecer el criterio hospiciano y limosnero —uno de los más detestables de todos los criterios municipales— han venido mostrando los que hasta ahora han actuado bajo la presión de las masas pordioseantes y el recuerdo de aquella fuga por el balcón.

Miguel de UNAMUNO

El Castellano (Salamanca), 31 diciembre 1909

[21]

Juan Maragall

Juan Maragall ha muerto. Esta noticia no les dirá nada a muchos de los españoles que pasan por cultos; tal es el ambiente de ñoñez y de ramplonería que hoy en nuestra patria

se respira. Y Maragall era el más alto poeta de la España de hoy y acaso el más hondo poeta catalán después de Ausias March. En nobleza y serenidad de espíritu no había recientemente, entre poetas y no poetas, quien le igualase.

Poeta catalán que en catalán fraguaba poesía y español, lo más hondamente español, ibérico. A través del alma de Cataluña había llegado, ahondando, a las raíces comunes, a los pueblos ibéricos todos. Nadie contribuyó más en Cataluña a la recta y honda comprensión del alma de Castilla, del alma de todo el resto de España.

Fue uno de los primeros en saludar, como a un hermano, a José María Gabriel y Galán. Y era uno de los pocos españoles que sincera y ahincadamente se preocupaban de literatura portuguesa. En este mismo año habíame más de una vez escrito, proponiéndome la fundación de una revista ibérica, redactada en castellano, portugués, catalán y en las demás hablas de Iberia. Me decía si cabría editarla aquí, en Salamanca.

Y este maestro de la lengua catalana era también un maestro en la lengua castellana y egrejo. Su castellano era jugoso, preciso, luminoso, denso.

Difícilmente escritor alguno habrá llegado entre nosotros a la altura de serenidad a que llegaba este noble espíritu helénico y cristiano. Porque Maragall era un creyente y un creyente poeta, abierto y claro, sin mezquindad sectaria alguna.

Mas, sobre todo, aquello que sus admiradores —y lo eran sus lectores todos— no podían percatarse si no de rechazo, y era el hombre. ¡El hombre sobre todo! La excelsitud de su poesía no era sino un reflejo de la excelsitud de la bondad de su alma. Su mirada era tan serena y tan noble y tan clara como su poesía. Por mi parte, no recuerdo hombre cuya presencia real me haya impresionado tanto. Recordaba lo que de algunos santos se cuenta. Irradiaba de él, de su mirar, de su voz, de su actitud toda algo que no era del momento que pasa, como un efluvio de eternidad.

Y sus cartas, que eran expansiones de su corazón. Entre lo más preciado de cuanto guardo, y podré legar un día a los míos, están las cartas de Maragall, una verdadera maravilla.

Se ha muerto, a los cincuenta años, dejando trece hijos y ni un solo enemigo, y el dolor de Barcelona, de Cataluña toda; ha sido, lo sé, tan intenso como recogido. En el resto de España, como no se trataba de un orador fogoso, ni de un político travieso, ni de un escritor pornográfico o sectario, ni de un dramaturgo ñoño para uso de la burguesía timorata, ni de un torero, el homenaje funerario ha sido discreto. Y aun esto, merced a unos cuantos espíritus selectos que no se cansan de dar voces en el desierto.

Pasarán los años, se olvidarán reputaciones ruidosas y de actualidad, irá fundiéndose cada vez más en unidad íntima la patria, se llegará a reconocer todo lo que España debe a la literatura catalana, llegaremos o llegarán nuestros hijos o nuestros nietos a una más clara comprensión y a un más hondo sentimiento de la conciencia ibérica, de la raíz común a los pueblos todos de lenguas ibéricas, y Juan Maragall aparecerá, con Ganivet, con Costa, con algún otro, no muchos, como un profeta, como un verdadero profeta de la Iberia de Dios.

Por mi parte, puedo asegurar que no sólo vivirá, no sólo durará su recuerdo en mí mientras yo viva, sino que mi espíritu vivirá en buena parte de ese recuerdo. Desde el día mismo en que mis ojos se encontraron con sus ojos en aquel su recogido hogar de San Gervasio le llevo dentro.

No son estas líneas ni un artículo biográfico ni bibliográfico. No voy, pues, a hablar de sus obras ni siquiera de aquel último y estupendo canto a la vida, con que se ha despedido de ésta, de aquel canto en que le pedía a Dios le dejase contemplar siempre, aún después de muerto, el cielo luminoso de su patria y que fuese para él la muerte un nacimiento mayor.

¡Sia-cor la mort una major naixença!

Un mayor nacimiento, sí, ha sido para Maragall la muerte. Porque ahora es cuando de veras ha nacido el más grande cantor de la España futura que hoy se incuba. Y de él, que derramó paz y descanso sobre todos los que le quisieron, es decir, sobre todos los que le leyeron, cabe mejor, que de otro alguno, decir ¡Descanse en paz!

Miguel de UNAMUNO

Salamanca, 21-XII-1911.

La Ciudad (Salamanca), 23 diciembre 1911¹¹

[22]

(Sin título. «Cuartillas para el primer aniversario de la fundación del Ateneo de Béjar»)

¿Dos o tres cuartillas para el número en que celebren el primer aniversario de la fundación del ATENEO de Béjar? Son tantos, ¡ay!, a pedirme algo análogo y yo uno solo a poder dar. Pero a las veces no hay más remedio; hay el deber de ser derrochador y no hacerlo todo a cuenta y razón. ¡Si pudiese recoger en artículos y libros lo que en cartas he derrochado, y en discursos lo que en conversaciones...! Pero... ¿quién sabe lo que es perdido?, ¿quién sabe lo que es ganado? No sólo es nuestro lo que lleva nuestro cuño y nuestra efigie y leyenda. Es decir, nada es de uno, y menos que nada las ideas; todo es de todos. Hay que ir sembrándose y, ¿quién sabe?, acaso se recogerá uno un día. Y si no lo recogerán otros y tal vez sea esto mejor. Lo importante es poner alma en todo cuanto se hace por pequeño que sea. Hay aldeas que deben su vida, no al reflejo de los grandes movimientos mundiales que hasta ellos llegaron, sino a algún oscuro y olvidado Cristo de aldea que allí vivió y murió. Y tal vez no quede sino lo que es obra personal. Y así cuando se haya olvidado tanto y tanto como he ido, por mi parte, dando a ese ser abstracto que llaman público, perduren acaso los efectos, transmitidos de hombre vivo a hombre vivo, de unas palabras calientes que acompañadas de una mirada de hermandad metí un día, al borde del camino de la vida, en el alma de un compañero de peregrinación por ella. Y ya están las dos o tres cuartillas que me pedía, amigo Blázquez. Y ahora a otra cosa.

(Salamanca 16-XII-11). Miguel de UNAMUNO

Cultura y Tolerancia. Revista Eventual.

Portavoz del Ateneo Bejarano (Béjar), 1 enero 1912

11. Un escrito del mismo tenor fue enviado a *La Publicidad* de Barcelona: *En la muerte de Maragall* y publicado el 23 de diciembre de 1911. Puede consultarse en *o.c.*, III, 1308.

[23]

(Sin título. «Breves palabras a la muerte del filósofo bejarano Nicomedes Martín Mateos»)

De Don Nicomedes Martín Mateos no conozco más que el nombre, absolutamente nada más. Y la idea de un filósofo, es decir, de un hombre preocupado de los problemas permanentes, en esa ciudad de Béjar donde tantas veces se encrespan los problemas pasajeros. He preferido a conocer la labor de ese bejarano ilustre, imaginarme lo que será medir, tejer, batanar y tundir la tela del pensamiento trascendente, en ese taller de telas para cubrir la desnudez humana y a la vista del monte vestido de verdes castañas, junto a la obra de la naturaleza y junto a la obra de la industria humana.

¿Y qué más? Cualquier cosa más sobraría.

Miguel de UNAMUNO

Cultura y Tolerancia Revista Eventual.

Portavoz del Ateneo Bejarano (Béjar), 20 abril 1912

[24]

Para «La Humanitaria», de Fuente de San Esteban

En esta tierra que se está vaciando por la emigración, lo que más podría restañar en lo posible y conveniente esa sangría suelta, sería la asociación de los asalariados. Si se van tantos es, entre otras cosas, porque aquí viven sueltos, divorciados, en una sociedad deshecha como las arenas a que los roces por el desgaste se reducen. Y hay que hacer de la arena, que no resiste, roca resistente. Ya la emigración por sí, y ser más aguda, está provocando un alza de salarios agrícolas y una baja de las rentas, cuya elevación gradual era el azote y el escándalo de esta tierra. ¿Qué no sería si al proceso emigratorio se acompañase el societario?

Miguel de UNAMUNO

La Ciudad (Salamanca), 7 setiembre 1912

[25]

Ciencia y abogacía

Cuando en cierto discurso, al que no faltó previa resonancia, hablé del mal del *abogadismo* en España, no faltaron quienes fieles a las malas entendederas, achaque entre nosotros general, se figuraron que hablaba del exceso de abogados en nuestra Patria. Y no era eso.

Me refería al espíritu abogadesco o a la abogacía de que no son los abogados tan sólo víctimas.

Y ahora que el director de esta revista me urge e insta a que le dé algo para ella, recuerdo lo del discurso y lo recuerdo al leer el *Teeteto* de Platón.

En este diálogo compara Platón los abogados con los filósofos, y dice:

Los que desde jóvenes se han formado ante los Tribunales, son respecto a los que se han criado en filosofía u ocupación análoga, como los esclavos respecto a los libres.

Y añade:

(A los filósofos) les es indiferente tratar una materia con extensión o en pocas palabras con tal de alcanzar la verdad. Los otros, por el contrario, no tienen tiempo que perder cuando hablan, el agua que corre en la clepsidra les obliga a darse prisa, y no pueden tampoco hablar de aquello que más quisieran. La parte contraria está allí para obligarles a ceñirse a la acusación, de la que no han de salirse. Sus alegatos versan siempre en pro o en contra de un esclavo como ellos, dirigiéndose a un amo que allí sentado tiene en su mano la justicia. Sus disputas jamás carecen de consecuencia práctica; va en ellas siempre algún interés y a menudo la vida y, esto es lo que les hace vehementes, acerbos, diestros en halagar con palabras a su amo y de agradarle con sus actos.

Hago gracia de lo que sigue a mis lectores, porque les supongo en mayoría abogados y es realmente, aunque a mi juicio muy exacto, muy duro para ellos. Les acusa de pequeñez de espíritu, de tortuosos, de ejercitarse en el arte de la mentira y de acabar por corrompérselos el alma.

En esta terrible diatriba platónica contra los abogados se encuentra, sin embargo, la disculpa de ellos y es cuando dice: «sus disputas jamás carecen de consecuencia; va en ellas siempre algún interés y a menudo la vida».

Es esto; es la preeminencia y más que preeminencia, la tiranía del fin práctico inmediato lo que vicia toda argumentación abogadesca. Y el abogado, educándose en tal escuela, acaba por perder todo sentido de buscar la verdad por la verdad misma y aun renunciando a encontrarla.

No hay, en efecto, dos cosas más opuestas entre sí que los procedimientos judiciales y el método científico.

El método científico busca la verdad por la verdad misma y a parte de sus consecuencias prácticas, y el hombre de ciencia sabe que la marcha de los fenómenos no depende de las explicaciones que él dé, pues ni los planetas se echaron a rodar cuando Copérnico formuló sus movimientos ni los hombres esperaron a ponerse de acuerdo sobre ese embrollo del libre albedrío para castigar al que les molestaba con sus actos.

El método científico busca los datos y a partir de ellos una teoría que los explique y si no la encuentra se queda sin ella; el método abogadesco parte de la proposición del contrario y trata de refutarla para establecer la suya. La ciencia investiga; la abogacía acusa o defiende.

Y siempre que veáis que se procede estableciendo primero una tesis, refutando o más bien tratando de refutar luego las objeciones y formulando después las supuestas pruebas de la tesis aquella, decid que todo eso no es más que abogacía, pura abogacía, y no ciencia.

En la ciencia no hay fiscal ni abogado defensor, es decir, ni diablo pues diablo, *diabolos* en griego, no quiere decir sino acusador o fiscal, ni ángel de la guarda.

Que el abogado tenga que ser tal en virtud de la clase de intereses que se le confían, se comprende; pero lo malo es que la abogacía o el espíritu abogadesco, saliéndose de su terreno propio, se corre a otros campos. Y este es el mal que en mi discurso denunciaba.

Si en España no ha habido filosofía que merezca tal nombre, y si en general somos los españoles tan poco aptos para la investigación científica, es precisamente por nuestro espíritu abogadesco, por la preocupación del fin práctico, por el dogmatismo doctrinario o sectario.

Y uno de los peores males que a nuestra Patria aquejan es el estar entregado el gobierno de la cosa pública a abogados principalmente. Creo que no hay ni peor legislador ni peor político que el abogado, y tanto peor aquello cuanto mejor sea esto. Quiero decir mejor para sus clientes.

Nuestro Parlamento está inficcionado y corrompido de abogacía. Se respira en él aire de bufete que apesta. Tal discurso resonante de oposición no es sino una red tendida para cazar clientes.

Y os digo que el bufete es aún peor preparación para el Parlamento que lo es la cátedra, con ser ésta mala.

Y el mal mayor de la política española es que escasean en ella los políticos, los específicamente políticos. La mayoría no son sino abogados, con pleitos o sin ellos.

¿Podría obviarse a este mal del abogadismo? No lo sé; pero como alivio ya que no remedio a él, pienso que en las Facultades de Derecho debería introducirse verdaderas disciplinas científicas y de humanidades. Hay en ellas una cátedra de Economía Política, verbigracia; pero de ordinario se la enseña abogadescamente, acusando o defendiendo al capitalismo o al socialismo. Y además no puedo convencerme de que llegue a aprovechar en su estudio quien al entrar en la Universidad ha olvidado resolver una ecuación de segundo grado.

Un amigo mío dice que a los abogados se les debía obligar a seguir cursos de Química y de Filología comparada y leer sistemática y ordenadamente a Homero, Virgilio, el Dante, Shakespeare, Cervantes y Goethe. Acaso tenga razón.

Lo que sí sé es que para encontrar algo tan fuera de tino como un abogado metido a hombre de ciencia —hablo, claro está, en tesis general— hay que ir a buscar un médico metido a curar males sociales.

Miguel de UNAMUNO

El Noticiero (Béjar), 1 marzo 1913

[26]

Las ranas pidiendo diputados

¡Un año más y una fiesta más del 1.º de Mayo! Y los que todos los años casi desde que se fundó venimos diciendo algo al pueblo obrero en tal día obligados a decir poco más o menos lo que hemos dicho en años anteriores. Porque la fiesta, sobre todo desde que la burguesía la aceptó, viene convirtiéndose en una de tantas fiestas rituales y de rutina.

¿Es que estas fiestas rituales y de rutina no tienen eficacia? Pueden tenerla. Pero lo que es entre nosotros...

Celébrase este año la fiesta del 1º de Mayo, por segunda vez, en medio de esta guerra que ha desencadenado sobre Europa la barbarie germánica y la locura criminal del Kaiser, y lo primero que debemos desear es que la fiesta del 1º de Mayo de 1917¹² sea una fiesta

12. El presente artículo está reproducido de un ejemplar original del periódico recortado y guardado por el propio Miguel de Unamuno y que se conserva en la *Casa-Museo Unamuno de Salamanca* (4-175). La fecha del encabezado reza 1916, sin embargo, en el texto se escribe 1917. A pesar de todo

en paz. Pero de paz verdadera y duradera, que sólo puede ser la paz fundada en la derrota del militarismo prusiano.

Celébrase también este año la fiesta del 1º de Mayo en medio de una de las más grandes depresiones del espíritu público español, por efecto, en parte, de la guerra misma. La modorra de la opinión pública —si es que ésta existe— ha llegado a su mayor bajeza. Buena prueba de ello son las últimas elecciones de diputados a Cortes y senadores, que han sido acaso de las menos ilegales y violentas que se han visto en España, pero de las más bochornosas.

Ha llegado a lo más hondo la abyección de los partidos políticos todos, entregados a profesionales de la política, o más bien de la electorería, a esos desdichados que emprenden la *carrera política* —como tal, como carrera, la consideran— y se presentan a sí mismos con una sirvengüenza ya corriente, candidatos a representantes del pueblo.

Y mientras esa caífa de aventureros vividores, o de mentecatos vanidosos toman la política como carrera para el logro de sus intereses bastardos o de su grotesca vanidad, los libres ciudadanos se abstienen de hacer política, de intervenir en el gobierno de los pueblos, aunque sea fuera de cargos administrativos de cualquier clase. Y ello sin percatarse de que el único medio de acabar con los políticos de carrera, con los profesionales de la política, con los vividores o los vanidosos que se ofrecen a gobernarnos y administrarnos, es que todo ciudadano lo sea de verdad, es decir, que todo ciudadano intervenga en política. Eso que no quiere decir, ¡claro está! que se aliste en un partido con jefe y comités más que con programa y convicciones.

No podremos olvidar aquí, en Salamanca, la noble actitud resuelta que tomó el pueblo obrero en varias ocasiones ante problemas de administración municipal, que lo son de política. Su intervención para que se suprimiera el impuesto de consumos —que por solapados medios se trata de restaurar— fue uno de los más notables actos políticos que aquí se haya presenciado. Y tampoco podemos olvidar la actitud de los profesionales políticos de la localidad en aquel caso, sobre todo de los que se llaman liberales y dicen pertenecer a un partido que tuvo en su programa esa medida de la supresión. Bien es cierto que no la tuvo sino como señuelo para atraerse al pueblo, ya que ese desdichado partido compuesto de los profesionales y de los mendigos y siervos que les siguen, carece hoy de cualquier género de convicciones políticas y no es sino una compañía de seguros mutuos.

En toda España la depresión del espíritu público es extrema, pero aquí en Salamanca, fuera de una parte de la masa obrera ciudadana, no cabe decir que esa depresión existe. Y no existe porque no existe tampoco espíritu público. Todo es materia pública y nada más. La burguesía salmantina es una de las más abyectas, de las más serviles, de las más pordioseras, de las más rebajadas de España. Y cuando al susurro, que no grito, de «¡todo por Salamanca y para Salamanca!» se quejan de los Gobiernos y claman que esta provincia es una Cenicienta, no tiene razón alguna. A esta región se la trata como merece ser tratada. Que si es una de las que mejor paga es más por servilismo y cobardía que por patriótico civismo. Es ésta en que vivimos una provincia de señorío y como a tal se le trata.

se alude al segundo 1.º de Mayo celebrado tras el comienzo de la guerra, o sea 1916. Seguramente se trate de un error de imprenta. Efectivamente, en *El Obrero*. Órgano de la Federación Obrera de Salamanca, de fecha 1 de mayo de 1917, Unamuno publica el artículo: *Para «El Obrero»* y en 1915 *La fiesta del trabajo en paz*. Faltando el número correspondiente a mayo de 1916, con lo que es claro que el artículo corresponde a ese año.

De siete distritos electorales de que consta, en cinco se aplicó el vergonzoso artículo 29, estigma de servilismo y de abyección, y aquí, más que en otras partes, se dicen los electores: «¡Veremos a quién nos mandan de Madrid...!» Y les mandan, como Júpiter a las ranas, unas veces a un culebrón y otras a un tronco. Más veces a un tronco que a un culebrón. Que para ranas no está mal.

Quiera Dios que el pueblo obrero ciudadano acabe con las ranas. ¡Que se salgan de su charca o que revienten en ella!

Miguel de UNAMUNO

El Obrero (Salamanca), 1 mayo 1916

[27]

(Sin título. «Unas cuartillas del señor Unamuno»)

En el pleito de las clínicas del Hospital de la Santísima Trinidad —¿qué Trinidad?— poco se puede añadir ya a lo que de una y otra parte se ha dicho. Sólo queda repetir y remachar ciertos argumentos.

Y en primer lugar, el de que el único medio práctico para que como Hospital de todo el fruto que debe dar, es entregarlo a la Facultad de Medicina. El fin desinteresado y nobilísimo de la enseñanza es el mejor medio para que los enfermos estén debidamente atendidos. Nada se hermana mejor que la ciencia con la caridad.

Y debe dársele no ya a la enseñanza, sino a la cura, al verdadero fin hospitalario; todo, absolutamente todo el Hospital, sin reservar parte alguna de él para oficios de que no se aprovechen en algún modo los enfermos. Porque hemos visto alguna vez concurrencia de curiosos y curiosas que se dirigían al Hospital y no a visitar, ni a consolar, ni a cuidar a los enfermos. Y si se nos dice que esos curiosos y curiosas iban a rogar a Dios por los enfermos, esto pueden hacerlo en otras partes, aunque ello les prive de oír charlas y comadreos de portería. Ni es prudente que en el recinto de un Hospital haya instituciones, sea cual fuere su objeto y por elevado que éste sea, para otro servicio que el de los enfermos y enfermeros. Cuanto menos concurra a un Hospital la gente curiosa, que no va por los enfermos, tanto mejor.

Bien se comprende, por otra parte, que un Hospital bien dotado y en que, para enseñar a curar, se cure como se debe, exige una atención y un cuidado mucho mayores que el de un Hospicio, una portería o una sacristía, pero hay que trabajar y dejar trabajar.

Y no hay que delegar. Porque sucede en toda clase de instituciones, que cuando el que debe mandar no manda, acaba por arrogarse el mando cualquier ministril de escaleras abajo. Y hay gentes que si bien mandadas, rinden muy útil servicio, cuando se arrojan un mando que otros abandonaron, se desmandan y lo trastornan todo con su petulancia.

Una prueba de los errados caminos por los que ciertos elementos quieren llevar este asunto tan claro, está en lo que se nos ha dicho que ocurrió en una de las últimas reuniones de estudiantes y es que, como surgieran ciertas diferencias entre los de Medicina y los de Derecho —diferencias luego solventadas— hubo un mozo mal aconsejado que propuso a éstos, a los que aparecían enfrente de los de Medicina —aunque así no fuese— que se separaran de la Asociación General de Estudiantes, para formar otra de estudiantes... católicos.

La insensatez de la propuesta, en que va implícita la insidiosa mentecatez de que la actitud de los estudiantes de Medicina —tan noble, tan elevada, tan clara— es cuando menos poco católica, esa insensatez no hay que ponderarla. Y esto, aparte de lo absurdo que en nuestra ciudad sería formar una Asociación de Estudiantes Católicos, dando a entender, que los que se quedaran fuera de ella, no lo serían. Eso es más que enseñar la oreja.

La cosa está clara. Hay en Salamanca un Hospital que, por varias razones, no puede cumplir sus propios fines hospitalarios sin el concurso de la Facultad de Medicina, y que aun cuando tuviera rentas, no podría cumplirlos sin ese concurso. En gran parte, por una equivocada idea de lo que debe ser un Hospital. Y no cabe lo de hacer otro, pues aún hecho otro, éste, el que existe, no cumpliría bien su fin propio, ya que se le ha sacado de él.

El problema no es de derecho, tal y como los abogados embrollones lo presentan.

Es de derecho, sí, pero reducido a esto: que debe ser un Hospital. Y todas esas Reales órdenes y todas esas historias viejas no dicen lo que debe ser un Hospital. Ni en los códigos se aprende lo que un Hospital debe ser. Y un médico sabe mejor, mucho mejor que un abogado o que un teólogo, lo que un Hospital debe ser, y cómo debe funcionar.

Y en cuanto a los que se empeñan en llevar este asunto por derroteros peligrosos, y hacer de él una cuestión aledaña a disputas confesionales, o lo que es peor, político-ele-siásticas, vean si les conviene tal torpeza.

De lo que estamos seguros es de que la Santísima Trinidad, la del cielo, para nada se mezcla en este pleito, que deja entregado a las disputas de los hombres.

Miguel de UNAMUNO

La Tribuna Escolar. Semanario Estudiantil,
(Salamanca), 28 enero 1922

[28]

Ante el nuevo curso

Ahora que va a empezar el nuevo curso de 1923 a 1924, es nuestro deber exhortar a la mocedad estudiantil, intelectual, a que cultive la inteligencia. La inteligencia; que es la salud, y la fortaleza, y el valor, y la voluntad.

Porque la voluntad, que es racional, es inteligencia. Y es humana. Humana y no varonil. No sólo el varón tiene voluntad, ni sólo tiene inteligencia. Ni la voluntad ni la inteligencia son cosas masculinas. Están por encima de las groserías del sexo.

No caigáis, estudiantes españoles, en la dementialidad del carnero, el macho de la oveja, indigentísimo en seso y opulentísimo en sexo. Sea vuestro ideal el discreto y casto don Quijote y no el botarate de don Juan Tenorio, pelicularo y héroe de casino.

Es la inteligencia lo que ha de salvar a la patria.

Cierto que para regirla no hacen falta hombres sabios —se llama así a los pedantes—; pero sí hombres inteligentes, hombres que sepan entender.

Y en estos días, en que se oye con harta frecuencia el caluroso elogio de la dementialidad, de la frivolidad bravucona, de la botaratería, cultivad la inteligencia. Que es la seriedad.

Y Dios nos libre a todos de tener que morirnos de risa, que debe de ser la más terrible de las muertes.

Proclamad que no hay valor, ni energía, ni voluntad, ni patriotismo sin inteligencia.

Miguel de UNAMUNO

Salamanca, 25-IX-1923

La Tribuna. Revista Estudiantil (Salamanca), 30 setiembre 1923

[29]

Un editorial notable

Señores de LA SEMANA:

No tengo, amigos míos, ni tiempo, ni, sobre todo, serenidad de ánimo para poder pensar algo que valga la pena. Hace demasiada renovación. Pero he aquí que llega a mis manos un escrito que merece ser conocido, meditado y apreciado. Es algo que se destaca de la mayoría de los escritos cotidianos y volanderos, por la profundidad del concepto realizado con la galanura conceptuosa de la frase.

La sentencia final, sobre todo, que a primeros podía parecer paralógica, es de una sutilísima conceptuosidad, y suscita hondos problemas filosóficos.

El escrito es un editorial de *La Concorde*, de Vigo, y su autor es el general de brigada, diplomado, don Ángel R. del Barrio, Gobernador de la provincia de Pontevedra.

Mas no queriendo entretener más tiempo al impaciente lector, le cedemos la idea transmitida a la blancura del papel.

Queda suyo afectísimo.

Miguel de UNAMUNO

La Semana. Revista de Salamanca (Salamanca), 10 febrero 1924